



MUERTE DE PEDRO DE ALVARADO

★
CARTAS DE RELACIÓN DE
ALVARADO A HERNÁN CORTÉS

★
Cartas antiguas a la Ciudad de Goathemala

DE CRÓNICAS

Volumen 4

Editorial del Ministerio de Educación Pública

GUATEMALA * CENTRO AMÉRICA

MUERTE DE PEDRO DE ALVARADO

*

**CARTAS DE RELACIÓN DE
ALVARADO A HERNÁN CORTÉS**

*

Cartas antiguas a la ciudad de Goathemala

«BIBLIOTECA DE CULTURA POPULAR»

Volumen 4

Impreso en los Talleres de la
EDITORIAL DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN PÚBLICA

**CRÓNICA DE MICHOACÁN
CRONISTA MOTA PADILLA**

MUERTE DE PEDRO DE ALVARADO

*

**CARTAS DE RELACIÓN DE
ALVARADO A HERNÁN CORTÉS**

*

Cartas antiguas a la ciudad de Goathemala



Volumen 4

BIBLIOTECA DE CULTURA POPULAR
Ministerio de Educación Pública — Guatemala, C. A.

Colección Luis Luján Muñoz
Universidad Francisco Marroquín
www.ufm.edu - Guatemala



NOTICIA SOBRE ALVARADO



APITANES, conquistadores y colonos que España enviaba a sus posesiones recién descubiertas en América, no podían ser otra cosa que producto social del medio que determinaba aquella época. Vemos a la España

católica empobrecida por una guerra de independencia y de reconquista que dura más de cinco siglos, sentar un sólido poder real, fuerte y unificado sobre los residuos de los ejércitos feudales y expulsar definitivamente a los moros de la Península ibérica.

Las formas feudales de vida, sin embargo, se hacían más fuertes a través del poder real unificado. España envía a la América «una muchedumbre de hidalgos empobrecidos, de campesinos desalojados de sus tierras, de soldados de los ejércitos de los señores feudales disueltos al crearse el ejército real y el servicio militar obligatorio y de artesanos y comerciantes cuya existencia era difícil o imposible en la península».¹

Esas formas feudales de vida son trasplantadas, aumentándolas, por conquistadores y colonizadores en la Nueva España; éstos vienen en son de conquista, impelidos por la aventura, a saciar sus ansias de riqueza, de descubrimiento y colonización de territorios que atisban fabulosos, a buscar

1 Rodolfo Puiggròs. De la Colonia a la Revolución, pág. 12, Edic. AIAPE. Buenos Aires, 1940.

tierras en señorío que «sus Magestades prodigan mui generosamente», como promesa de liberación a las formas económicas y sociales que les oprimían en España. Y en las tierras conquistadas reducen a servitud a la enorme población indígena (a la que ya era esclava de sus reyes y caciques igual que a los indios libres), haciendo tabla rasa de cuanto se oponía a sus designios y a sus objetivos. En esta forma el sistema feudal de la vieja Europa adquiere, en el crisol de la nueva América, espacio vital ilimitado. «...y el hierro que entonces se hizo para herrar a los esclavos que habían de rescate era /< como ésta». «...y como en aquel tiempo vinieron de Castilla y de las islas muchos españoles pobres y de gran cobdicia, e caninos y hambrientos por haber riquezas y esclavos, tenían tales maneras que herraban los [indios] libres».² Los repartimientos, la encomienda, la mita, en la práctica y en la realidad social del medio indígena americano fueron ni más ni menos, un régimen social de verdadera esclavitud. La grandiosa labor espiritual y social de Fray Bartolomé de las Casas (el protector de los indios) y las Leyes Nuevas que como consecuencia de sus prédicas promulgó la corona española en 1542, y todas las Reales Cédulas, se estrellaban contra la voracidad insaciable de riquezas de conquistadores y colonizadores.



A los reinos indígenas de la antigua Guatemala llega como conquistador el capitán Pedro de Alvarado. «Habíanse dado por amigos, tras la destrucción de México, los de Quahutemallàn, Utlatlàn, Chiapa, Xochnuxco y otros pueblos de la costa del sur, enviando y aceptando presentes y embajadores; mas como son mudables, no perseveraron en la amistad, antes hicieron guerra a otros porque persevera-

2 Bernal Díaz del Castillo, Verdadera y notable relación del descubrimiento y conquista de la Nueva España y Guatemala, cap. ccxiii.

ban; por lo cual, y pensando hallar por allí ricas tierras y extrañas gentes, envió Cortés contra ellos a Pedro de Alvarado; dióle trescientos españoles con cien escopetas, ciento y setenta caballos, cuatro tiros y ciertos señores de México, con alguna gente de guerra y de servicio, por ser el camino largo. Partió pues, Alvarado de México a 6 días del mes de diciembre, año de 1523. Fué por Tecoantepec a Xochnuxco, por allanar ciertos pueblos que se habían rebelado. Castigó muchos rebeldes, dándoles por esclavos, después de haberlos muy bien requerido y aconsejado». ³ Alvarado y sus huestes siguieron hasta Quezaltenango, en lucha continua con los poblados indios, matando y destruyendo ferozmente siempre que era necesario. «Los nuestros no podían correr la tierra para quemar y talar los panes y huertas, por las muchas y hondas barrancas que alrededor de su fuerte había; así que Alvarado, pareciéndole más corta vía para ganar la tierra, quemó los señores que tenía presos, y publicó que quemaría la ciudad». ⁴

Los españoles siguieron combatiendo por el territorio de Guatemala, sojuzgando reyes, señores y caciques indios, hasta que fundaron la primera sede española en estas tierras. «Parecióle tan bien a Pedro de Alvarado la disposición de aquella tierra de Quahutemallan y la manera de la gente, que acordó quedarse allí y poblar, según la orden e instrucción que de Cortés llevaba. Así que fundó una ciudad y llamóla Santiago de Quahutemallan. Eligió dos alcaldes, cuatro regidores, y todos oficios necesarios a buena gober nación de un pueblo. Hizo una iglesia del mismo nombre, do ahora está la silla del obispado de Quahutemallan. Encomendó muchos pueblos a los vecinos y conquistadores, y dió cuenta a Cortés de todo su viaje y pensamiento;» ⁵ y él

3 López de Gómara, *Conquista de México*, tomo II, cap. clviii.

4 López de Gómara, lib. y cap. citados.

5 Véase *Cartas de relación de Alvarado a Cortés*, en las págs. 83 y sig. de la presente edición.

le envió otros doscientos españoles y confirmó los repartimientos, y le ayudó a pedir aquella gobernación».⁶

Pedro de Alvarado ha sido descrito y juzgado como una figura descolante entre la pléyade de caudillos militares de la Conquista. No tiene, sin duda, la talla de un Hernán Cortés o de un Pizarro; el destino, segándole la vida prematuramente, le impidió llevar a cabo la expedición que, con todo aparato, preparaba hacia las islas de la Especiería y la China. «Serían necesarias realmente artes de encantamiento para conseguir captar en su deslumbrador claroscuro la extraña figura de Alvarado: el más cruel, el más pulido, el más generoso, el más rapaz de los conquistadores, y también el más admirado y temido de los indios, el más violento y el más diplomático, el sanguinario asolador de pueblos, el bello y refinado amante de las nobles damas, el activísimo constructor de armadas, dilapidador de tesoros fabulosos, agitador de naciones, el siempre triunfador sobre sus émulos, gracias a la astucia, a la insinuante labia y a sus finos modales, el único, en fin, a quien aplastó el destino sin haberlo vencido, cuando más poderoso brillaba en el apogeo de la fortuna, de la gloria y del amor.

»Alvarado es símbolo perfecto de la vida. Energía desencadenada, fuerza natural que existe por la acción, en la acción y para la acción. Sin el genio y el humanitarismo de un Cortés, sin el vasto escenario que la suerte concedió a un Pizarro, ha logrado un sitio entre los inmortales merced al solo hechizo de su formidable personalidad».⁷

Le vemos, pues, sanguinario y cruel, cuando por razones de estrategia militar manda quemar vivos a los señores de Utlatlán, como hemos descrito con palabras de López de Gómara. También Veytia, en su Historia Antigua de México, narra otra acción cruel, sanguinaria y codiciosa del

⁶ López de Gómara, lib. citado, cap. clix.

⁷ Prólogo al Libro viejo de la fundación de Guatemala, volumen xii de la Biblioteca Goathemala, Guatemala, 1934.

Adelantado cuando se refiere a la custodia de Moctezuma que Cortés le había confiado al ir a combatir a Narváez. «Se hacía a Huitzilopuchtli* en aquel mes una gran fiesta, la cual era la más solemne del año, y se celebraba con bailes del rey, de la nobleza y del pueblo. No habiendo permitido Alvarado que se hiciesen en el templo mayor, dispuso el baile en el patio del palacio en que se hallaba alojado, en donde como se ha dicho vivía también Moteuhzuma. Llegada la hora, concurrieron muchísimos nobles (no falta quien haga ascender su número a dos mil), cubiertos con los más ricos adornos que tenían; y mientras bailaban mandó Alvarado que algunos soldados ocupasen las puertas, haciendo a los demás señal para que atacasen a los indefensos mexicanos, en los que hicieron un terrible estrago, despojándoles de sus preciosas joyas, y dejando el patio lleno de cadáveres. Muchos historiadores afirman que la codicia de Alvarado fué lo que indujo a un hecho tan atroz y bárbaro; pero Clavijero presume que habiendo tenido noticia de que los mexicanos con el pretexto del baile se proponían dar un golpe a los españoles, quiso anticiparse, siguiendo el proverbio español de que el que da primero da dos veces. Irritado el pueblo con este inhumano golpe, en que había perdido la flor de su nobleza, trató desde aquel día a los españoles como a enemigos capitales».⁸

Por lo que se demuestra que estos señores de la guerra y la conquista, cuando las artes de la diplomacia a su manera no les daba el resultado apetecido, no dudaban en hacer gala «para escarmiento» de sus dotes de crueldad, a pesar de que sus conquistas las hacen en nombre de la cruz y para redimir infieles. El mismo Cortés, tildado por las crónicas del más humanitario de los conquistadores españoles, no tiene empacho en hacer cortar las manos a cincuenta indios llegada la ocasión: «...hizo luego tomar a otros cuatro o

* Huitzilopuchtli o Huitzilopochtli, dios de la guerra entre los mexicanos (N. de la E.)

⁸ Mariano Veytia, Historia antigua de México, Apéndice, cap. xvi.

cinco, cada uno aparte, y confesaron asimismo cómo ellos y todos los que en su compañía venían, eran espías, y dijeron lo mismo que el primero, casi por los mismos términos. Así que por los dichos de éstos los prendió a todos cincuenta, y allí luego les hizo cortar a todos las manos, y enviólos a su ejército, amenazando que otro tanto haría a todos los espiones que tomase; y que dijese a quien los envió que, de día y noche, y cada y cuando que viniesen, verían quién eran los españoles».⁹

*

*

*

Pedro de Alvarado funda en el mes de julio de 1524 la ciudad de Santiago de Guatemala, como representante y en nombre de Hernán Cortés, Capitán General de la Nueva España de quien dependía, y organiza en seguida la vida civil de la nueva capital del reino.

En el año de 1529 se le abre un proceso en la capital de la Nueva España, en el cual salen a relucir las crueldades a que nos hemos referido en el curso de las páginas precedentes. En el interrogatorio figuran 37 preguntas, y entre los cargos de los que se le acusa a Alvarado, figura con el número XXXI: «Yten se le da por cargo al dicho Pedro de Alvarado que en esta nueva España a muerto y atormentado muchos señores e principales e yndios de mas de los que particularmente estan declarados por que le diesen oro y otras cosas y no por otra cabsa alguna lo qual ansy se dize que es publico e notorio».

En 1534 organiza una expedición hacia los mares del sur de la Nueva España en busca de las islas de la Especiería y los mares de China. Parte del Puerto de la Posesión, según relata en carta que dirige al Ayuntamiento de Guatemala en fecha 20 enero de 1534, de la que entresacamos

9 López de Gómara, lib. cit., t. I, cap. xlviii.

las siguientes líneas, prueba del apego que sentía ya Alvarado por Guatemala y su capital: «...una cosa solamente os suplico, que en esta provincia haya toda concordia y amor y buen zelo al servicio de S. M. y bien público, como hasta aquí vuestras mercedes lo han hecho; y que a Jorge de Alvarado mi hermano y lugar teniente se le tenga en el respeto y voluntad que es razon, y se conformen con él, por manera que la tierra se conserve, y la justicia sea favorecida, y S. M. servido, y todos honrados y aprovechados, quel terná cuidado de hacer lo mismo con todos».¹⁰ Dicha expedición fracasa, después de incontables penalidades. Deja las naves en puerto seguro y con los suyos sigue a pie, internándose por Ecuador y Perú: «y allí tobe noticia de una población que se llamaba Quito, fuera de los limites de la Governación de Pizarro; y según la parte donde me señalaron questava, no quise seguir camino de la Costa, sino entrar la tierra adentro por parte parecia siempre alexarme mas de donde podia aver españoles, y tope la tierra mas aspera de sierras e rios e ciénagas e de malezas y espesuras de montañas que ay en estas partes, ni creo que hay en el mundo por donde seguir mi viaxe, abriendo los caminos a espada y a manos, por espacio de más de ciento e sesenta leguas, en que tarde siete meses; y en este tiempo, me adolecio mucha xente, y la enfermedad era tan grave, que a otro día que les dava la primera calentura, morian, y algunos que escapaban, perdían el juicio».¹¹ Finalmente tiene que disuadir de su proyecto y regresa a Guatemala, después de haber vendido su flota a Almagro en Perú. De todo ello da cuenta al rey de España, en la carta de la que entresacamos los párrafos anteriores, en la que le pide autorización para ir a la corte a relatar personalmente sus aventuras y luchas al servicio siempre de S. M. y proponerle la organi-

10 Véase página 109 de esta edición. (N. de la E.)

11 Carta de Alvarado al rey Carlos V de fecha 12 de mayo 1536, escrita desde Guatemala. Torres de Mendoza, Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias, tomo 24, pág. 211.

zación de una segunda expedición después que aclare todas sus desavenencias con Pizarro en Perú.

En julio de 1536 Alvarado va a España, a dar cuenta al Rey del estado de las cosas en el reino de Guatemala y se despide, por carta del 27 de julio ¹² del Ayuntamiento de la Ciudad de Guatemala. Es de notar, como dato histórico digno de tenerse en cuenta, que durante la estancia del Adelantado en la Corte de España, el Obispo de Guatemala D. Francisco Marroquín, en una de sus cartas-informes que dirige al Rey, hablando de Alvarado sugiere que, en caso de autorizar su regreso como Capitán General y Gobernador de Guatemala sea con la condición de que venga casado: «En lo que toca boluer la gouernación al adelantado, no quiero dar parecer: mas de que si V. M. fuere seruido de se la boluer, digo que sea con aditamento que benga casado y que no pueda tomar mas de lo que tiene, y con algunas mas adiciones que V. M. le pondrá, paresceme que haría buen gouernador; porque siendo casado, tendría respeto a que tenia de bibir y morir en ella y ainsí siempre procuraria aumentarla». ¹³

Alvarado regresó a Guatemala en 1539, y da cuenta de su llegada desde Puerto Caballos el 4 de abril, por carta que envía al Ayuntamiento. ¹⁴ Parece que el Obispo Marroquín ha logrado sus deseos, ya que según consta en la carta citada, Alvarado dice que «solamente me queda decir que vengo casado, y Doña Beatriz está muy buena: trae veinte doncellas muy gentiles mugeres, hijas de Caballeros, y de muy buenos linages; bien creo que es mercadería, que no me quedará en la tienda nada, pagándomela bien, que de otra manera excusado es hablar en ello». Sin duda alguna, este ramillete de bellas mozas que refiere Alvarado, formó

12 Véase página 113 de este libro. (N. de la E.)

13 Carta del Obispo de Guatemala D. Francisco Marroquín a Carlos V., de fecha 10 de mayo de 1537. Cartas de Indias, Madrid 1877, pág. 413. El subrayado del texto es nuestro. (N. de la E.)

14 Véase página 117 de este libro. (N. de la E.)

el núcleo inicial de la alta sociedad de la Ciudad de Guatemala.

En 1539, por carta del 18 noviembre, escribe nuevamente a Carlos V informándole de los preparativos y disposiciones que ya tiene hechos para la nueva expedición que iba a emprender. «Haré luego mensaxero a Vuestra Magestad dandole larga quenta de todo. Yo llevo muy grandes hombre de la mar, e las naos muy bastecidas de todas cosas. Sea cierto Vuestra Magestad que mediante Dios se an de descubrir muy grandes cosas, a saberse todo el fin destas tierras.

»Plegue a Nuestro Señor encaminarme, para que acierte en aumentar los Reynos de Vuestra Magestad, el qual guarde y acreciente la vida de U.S.S.C. Magestad con muy mayor acrecentamiento de Reynos.

»Desta Cibdad de Santiago de Guatymala en diez y ocho de Noviembre de mil quinientos treinta y nueve». ¹⁵

*

* *

Estando con su flota de doce navíos en el puerto mexicano de La Navidad, en ruta hacia las Californias y la China, para cuyas conquistas había convenido con el Rey, en España, unas capitulaciones que le conferían toda la autoridad sobre los grandes y riquísimos territorios que daba por seguro encontrar, Alvarado fué avisado de la situación de rebeldía que existía en el Reino de la Nueva Galicia (hoy Jalisco, México) y de la petición de ayuda que le solicitaba el Gobernador de Guadalajara, Cristóbal de Oñate. Pedro de Alvarado prometió al enviado del Gobernador «que venía con ánimo de no desamparar el reino de la Nueva Galicia hasta dejarle pacífico, o perder la vida en la

15 Torres de Mendoza, Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias, tomo xxiv, pág. 339.

demanda, pues Dios le había guardado para aquella ocasión». El destino, implacable, trunció los designios de Alvarado, quien murió, no en la pelea como hubiese correspondido a hombre tan batallador, sino en un accidente en la retirada, atropellado por un caballo de su ayudante. De poder llevar hasta el fin su expedición, posiblemente la historia hubiese registrado al Adelantado de Guatemala en primerísima línea entre los conquistadores españoles más ilustres.

En la vida de Alvarado destaca por sobre todo (aparte su crueldad que hemos enmarcado, hija del medio y de las circunstancias) su temple heroico hasta el paroxismo, la constancia, el cumplimiento del deber, el valor a toda prueba y la solidaridad para con sus amigos y compañeros de armas. La fe de que vienen imbuidos es otra de las características de los Conquistadores; por algo llevan encima la pátina de los siglos de lucha de sus antecesores contra los infieles en la península combatiendo bajo el signo de la cruz (la lucha del Evangelio contra el Corán, podemos decir). En los momentos difíciles de su vida la sombra de la espada se yergue a la par que la sombra de la cruz. Hombres creyentes, muestran su contrición ante la muerte, conscientes sin duda de todas las maldades y crueldades sin par de que han sido ejecutores por los dilatados caminos de América.

A la hora de morir, Alvarado recuerda a Oñate que prometió ayudarle hasta la muerte con estas palabras: «Ya es hecho; ¿qué remedio hay? Curar el alma es lo que conviene». Y cuando al sufrir el accidente mortal se le acerca D. Luis de Castilla, compañero de armas, preguntándole qué le dolía: «El alma —contestó Alvarado—; llévenme a

do confiese y la cure con la resina de la penitencia y la lave con la sangre preciosa de Nuestro Redentor».¹⁶

Para cerrar esta Noticia sobre Alvarado, queremos hacer resaltar el amor que el Adelantado de Guatemala sentía hacia la tierra conquistada, que trasluce en todas y cada una de las correspondencias y documentos (que son muchos) que se tienen sobre sus andanzas por estas tierras. Igual pasa a los colonizadores, especialmente al haber ya terminado la fase álgida de la conquista: crean intereses, estructuran una nueva sociedad; mézclanse con los indígenas, realizan ensueños, afloran amores y nacen nuevos hijos. Asientan ciudades con ordenamientos propios que responden a la nueva realidad política, sientan las bases autónomas de una administración pública; todo lo que, en fin, por determinismo histórico representa el embrión de lo que, tiempo a venir, será la misma nacionalidad americana y la propia independencia en un más allá. El cordón umbilical que les une a España acaba finalmente por desaparecer; son lo que podemos llamar los Conquistadores conquistados.

En otras publicaciones de esta Colección, en las que se ofrecerán compendios de textos clásicos de la historia de Guatemala, el lector podrá apreciar en todas sus fases los diferentes aspectos de la Conquista y de la Colonia.

Hemos querido trazar someramente unos datos biográficos de Pedro de Alvarado, fundador de la moderna Guatemala, como nota preliminar a este volumen número 4 de la Biblioteca de Cultura Popular 20 de Octubre que recoge documentos referentes a la muerte del Conquistador, unas Cartas de relación de Alvarado a Cortés dándole cuenta de su campaña por tierras de Guatemala, y al final unas Cartas antiguas dirigidas a la Ciudad de Guatemala.

16 Tello, Historia de Nueva Galicia, pág. 393.

Todo ello son datos históricos llenos de interés y curiosidad que sin duda han de ayudar a despertar las ansias de los jóvenes de hoy—para quienes fundamentalmente se creó esta Biblioteca— por los conocimientos profundos de la historia Patria.

B. C.-A.

Diciembre 1950.



HUITZILOPOCHTLI, DIOS DE LA GUERRA

“...al noble de otro país, cautivado en guerra, si lidiase con cuatro soldados, que para este efecto se destinasen, y los venciese, quedase libre, y pudiese volver a su patria; pero que si fuese vencido muriese sacrificado en el templo a Huitzilopochtli, dios de la guerra”. VEYTIA: *Historia antigua de México*.

En la celebración de la gran fiesta dedicada al dios Huitzilopochtli. Alvarado asaltó, robó y asesinó con alevosía a muchos nobles mexicanos, lo que provocó un estado de guerra entre el pueblo y los conquistadores españoles. Véase página 8 de este libro. (N. de la E.)



**MUERTE DE ALVARADO SEGÚN LA
"CRÓNICA DE MICHOACÁN"**



ALZAMIENTO DE VARIOS PUEBLOS DE LA NUEVA GALICIA.—VUÉLVASE A ESPAÑA EL MARQUÉS DEL VALDE.—ES LLAMADO EL ADELANTADO DON PEDRO DE ALVARADO, PARA EL SOCORRO DE LA VILLA DE GUADALAJARA: LLEGA A ELLA ESTE GENERAL, Y SE DISPONE PARA IR AL PEÑOL DE NOCHISTLÁN.—SERVICIOS IMPORTANTES DE LOS MISIONEROS FRANCISCANOS, EN ESPECIAL DEL PADRE FRAY ANTONIO SEGOVIA, PARA CORTAR LOS VUELOS DEL ALZAMIENTO GENERAL DE LOS INDIOS.¹

AÑO DE 1541

Aunque el venerable fray Miguel de Bolonia y otros religiosos compañeros suyos, imitadores de su celo apostólico, trabajaban incensantemente en la reducción de los bárbaros chichimecas, más pudo la superstición en sus corazones, y así enfadados con sus encomenderos, no quisieron pagar los tributos a sus señores, aunque tasados con mucha moderación, y dejando sus casas y sementeras, se subieron en las cumbres de las sierras, que llaman peñoles. Ya se dijo cómo tuvo noticia el teniente gobernador don Cristóbal de Oñate, de estos movimientos, y en consecuencia, dió sus órdenes, previniéndose para atajar en sus principios el fuego de esta rebelión, pero muy confuso y pensativo se hallaba este gobernador en tan crítica circunstancia, por no saber cómo gobernarse con la poca gente que tenía en Guadalajara, cuando

¹ Capítulos viii y ix de la *Crónica de Michoacán*, T. II, página 407 a 416. Edición mexicana de 1932.

tuvo aviso más positivo, que ya los caxcanes y sus valles, la sierra de Tepec, valle de Xuchipila, valle de Nochistlán y Teocaltichi, ya no querían venir a servir, ni reconocer a sus encomenderos, lo cual tuvo a mala señal, teniendo por cierto que ya el baile y abuso de Guaynamota iba haciendo efecto, y para remediar sus fatales consecuencias, acordó de enviar al capitán *Miguel de Ibarra*, con algunos soldados al río de Xuchipila, con muchos indios amigos, que sacó de Tlaxomules, que estaban en sus orillas, despoblados, y casi aruinados, pues toda la indiada que los ocupaba, se había empeñado en el Mixtón, que es una sierra muy alta, con unas rocas asperísimas, motivo que les hizo dar el nombre de *Mixtón*, que quiere decir *gato*, o subida de gatos. No obstante que vió el capitán Miguel de Ibarra la fragosidad de aquellos montes determinó ir con sus soldados a donde los indios estaban empeñados, y habiendo llegado al sitio que ocupaban, con inmensa fatiga les habló con mucho amor, preguntándoles que ¿por qué causa se alzaban, siendo sus amigos? y pues no había habido motivo para apartarse de la amistad de los españoles, se volviesen a sus pueblos y se sosegasen. A lo cual respondieron con una descarga de muchas flechas. Esto sucedió sábado de Ramos de este año de 1541. Conociendo, pues, el capitán Ibarra, la resolución en que estaban los indios, de no venir en términos de paz, se retrajo con su gente más abajo del Mixtón, para estar con más seguridad, y los indios empeñados le enviaron a decir que al día siguiente, por la mañana, bajarían, a verle, porque querían la paz, dando grandes disculpas de haber tirado sus flechas, contra su tropa el día anterior, con que se descuidaron los nuestros; y el domingo de Ramos, estando el sol eclipsado, a los ocho de la mañana, se dejaron ver los indios enemigos, por donde no se pensó, y

encontrando a los españoles almorzando, y los indios amigos bien descuidados, dieron en el real y como era tanta la multitud de caxcanes enemigos, desbarataron el destacamento español con la mayor facilidad, y sin que pudiese pelear ninguno, con la prisa que les ocasionó la sorpresa, teniendo que vencer la aspereza del terreno. Se retrajeron los nuestros, como pudieron, en parajes seguros, y en aquella confusión mataron a un cabo, muy valiente, llamado Francisco de la Mota, y los bárbaros cogieron vivos a algunos españoles, a los que hacían traer agua y servir, diciéndoles por escarnio, servidnos ahora, que así hacéis con nosotros, y al fin los mataron. Murieron en esta facción muchos indios amigos, del valle de Tonalá, que serían más de doscientos, y más de diez españoles de los mejores soldados del reino. Los que escaparon de esa refriega, llegaron al cabo de tres días a la ciudad de Guadalajara, y dieron noticia de la pérdida que experimentó nuestra tropa a la vista de Mixtón.

Cuando más embargado del dolor se hallaba Cristóbal de Oñate, por considerar el mal éxito de estas primeras operaciones, le llegaron cartas de Culiacán, Compostela y la Purificación, en que le daban aviso cómo todas las provincias estaban alzadas, y la apuración en que se hallaban los presidios españoles, precisados a tener todos los días, y a cada instante, refriegas con los indios; determinó entonces dar parte de este alzamiento general al señor virrey, y le pareció enviar al capitán Diego Vásquez, a avisar a su excelencia, por ser sujeto de gran valor, y persona de crédito, dándole dos soldados buenos de escolta, para guarda suya. Este capitán era hermano de fray Dionisio Vásquez, fraile agustino, predicador del emperador Carlos V y del papa Clemente VII, natural de Guadalajara, en el reino de Toledo. Con

este motivo, el gobernador escribió largo al virrey, dándole noticia individual de todo lo sucedido hasta entonces en aquellos territorios, pidiéndole encarecidamente pronto socorro. Partió Diego Vásquez para México, y mandó el gobernador que se velase la ciudad con el mayor esmero, esperando por instantes que los bárbaros acometiesen la ciudad, según estaban insolentados, por esta última victoria, conseguida; y sin pérdida de tiempo, despachó varios correos a las villas y ciudad de Compostela, dando razón en sus cartas a los capitanes de aquellas jurisdicciones, de los trabajos que pasaban, y cómo enviaba a pedir socorro al virrey, encargándoles mucho que entretanto proveía su excelencia el remedio oportuno, defendiesen lo que tenían asegurado a su cargo, y se portasen como fieles y valientes capitanes, encomendándose a Dios para el acierto de las armas españolas. Después puso velas y centinelas, de día y de noche, como vigilante gobernador, y como cualquiera soldado velaba cuando le cabía, y esto fué lo que le valió para no perecer, él y toda la gente de la ciudad, como se verá en el discurso de esta historia.

En este tiempo, el adelantado don Pedro de Alvarado conforme lo que había capitulado con el rey, en España, habilitó una armada de doce navíos, en el *Realejo* puerto, en tierras de Guatemala, y Mar del Sur, y embarcó en ellos, más de ochocientos soldados, ciento y cincuenta caballos, con muchas municiones y pertrechos de guerra, y muchos indios de servicio, con el fin de ir a descubrir nuevas tierras por los rumbos de China y Californias; y como corría la noticia de los descubrimientos de *fray Marcos de Niza*, aunque no muy averiguados todavía y de Francisco Vásquez Coronado, y sabía que el marqués del Valle pedía esta conquista, tenía suplicado al

rey que se sirviese, no obstante las buenas noticias que había de aquella tierra recién descubierta, no alterar la capitulación que con él tenía hecha, y trató de oponerse a los designios del marqués del Valle, viéndose con don Antonio de Mendoza, virrey de Nueva España, y uniéndose con su excelencia, para oponerse a las pretensiones del marqués y apropiarse la conquista de tierras tan grandes y ricas, como publicaba la fama. Tengo apuntado las diferencias que hubo entre el señor Mendoza y el marqués del Valle, sobre este asunto, y pareciéndole al marqués que como capitán general de la Nueva España, le pertenecía esta conquista, de la que no quiso desistir el virrey, fué a España a asentar este negocio con el rey (no queriendo, como juiciosamente lo advierte el historiador Herrera, acabar de desengañarse que nunca quieren los príncipes sublimar tanto a nadie que puedan sospechar de su grandeza), y concluir otras pretensiones; y ya que se hallaba en la corte, hizo diligencias para que se viese la residencia de Nuño de Guzmán, que la había ofendido grandemente, y alcanzó que le condenasen en muchos millares de ducados. Antes de partir de la Veracruz, el marqués del Valle fué consultado sobre la mudanza de este puerto, acerca de si convenía pasar una o dos leguas más adelante el dicho puerto de la Veracruz, así por el mal temple de la tierra, como por el peligro del puerto; y entonces, por dictamen de este grande hombre, que nunca volvió más a la Nueva España, se tomó la resolución de pasar el puerto a donde hoy está, que se llamó por algún tiempo la Veracruz Nueva, a distinción de la antigua, pero conocido en el día por el puerto de la Veracruz, sin aditamento.

Llegó el adelantado Alvarado con su armada al puerto de la Navidad, e inmediatamente fué infor-

mado por el capitán Juan Fernández de Híjar, a cuyo cargo estaba la vía de la Purificación, como todo el reino de la Nueva Galicia estaba alzado, y en punto de perderse; que últimamente en el Mixtón habían muerto bastantes soldados de los mejores de la ciudad de Guadalajara, y que así se lo escribía el gobernador (de Guadalajara) don Cristóbal de Oñate, significándole la imposibilidad de socorrerse unos a otros, en todo aquel reino, por ser pocos, y que no tenían otro recurso que el de Dios y el del señor Adelantado, considerando la gran providencia de Dios en haberle enviado a aquella costa, para libertar la Galicia de su total ruina; y que en vista del aprieto en que se hallaba, le suplicaba, en nombre de Dios y del Emperador, que sin dilación acudiese al socorro de su ciudad.

No pudo don Pedro de Alvarado oír estas nuevas tan funestas, sin encenderse su ánimo caballeroso en deseos de reparar tanto daño, y manifestar su valor en defensa de los españoles, que veía en tanto peligro de perecer, de que se seguía el perder no sólo aquella provincia, sino tal vez todo lo conquistado en Nueva España. De acuerdo con sus capitanes, mandó desembarcar la gente para llevar parte de ella al socorro de Guadalajara, cuando el señor virrey don Antonio de Mendoza, noticioso de su llegada al puerto de la Navidad, y de sus designios para ir a descubrir las islas de la Especiería, por la punta de Ballenas, que hoy llaman de *Californias*, como había concertado con su majestad, cuando estuvo en España, le envió a llamar para concertarse con él. Entonces volvió a embarcar su gente, y dando sus disposiciones para la seguridad de su armada en el puerto de Navidad, fué por tierra a México, y trató con el señor virrey que iría a Tzibola, por la parte del mar del Sur, mientras su excelencia se aseguraría

por tierra, de las tierras descubiertas hacia lo que llamaban la gran Quivira. Entró don Pedro de Alvarado en este proyecto, *sin guardar el respeto debido al gran Cortés*, a quien tanto debía, dando mucho que decir; y concluido su ajuste con el señor virrey, partió de México para ir a ver el estado de su armada, y yendo por tierras del reino de Michoacán, tuvo aviso de nuevo del mucho aprieto en que los indios tenían al reino de la Galicia, y en particular a la ciudad de Guadalajara. Había ido a México con este cuidado, y aunque entonces determinó salir luego con sus soldados, para el socorro de Guadalajara, y se lo había impedido la carta que recibió del señor virrey, tomó, en virtud de esta segunda relación, el partido de mandar desembarcar otra vez sus soldados, y traerlos para la provincia de Avalos, la cual se reanimó con este auxilio, y habiendo llegado al pueblo de Zapotán, hizo alto, con intento de pasar en él las aguas, porque era por el mes de agosto, cuando llegó al dicho pueblo. En este medio tiempo recibió otro aviso del capitán gobernador don Cristóbal de Oñate y de los alcaldes y regidores de la ciudad de Guadalajara, representando el aprieto en que estaban, cercados de todas partes, y dándole los parabienes de su llegada a Zapotlán. Le presentó Juan de Villarreal, vecino de la ciudad, las cartas del gobernador, en las que por su contexto se disculpaba de no poder ir en persona a verle, por estar tan ocupado en la guerra, y le suplicaba encarecidamente, que viniese a su socorro, porque no era dable que se pudiese defender de infinidad de indios guerreros, que estaban en unas fuerzas o peñoles, que se llamaban Mixtón, los cuales habían muerto muchos españoles, muy buenos soldados, y acababa, después de referir varias lástimas e indecibles trabajos que habían padecido los suyos, con significarle, que si los

indios (por no ser los españoles socorridos en tanto aprieto), salían victoriosos, quedaría en gran riesgo la Nueva España.

Prometió el adelantado Alvarado, con toda generosidad, ir a socorrer al gobernador Oñate en semejante ocasión, y dejando con prevención cincuenta soldados, para resguardo de la armada nombró luego al punto un capitán, con otros cincuenta soldados, fuese al pueblo de *Autlán* para que desde allí acudiese, en caso de necesidad, a la defensa de la villa de la Purificación, dando favor al capitán Juan Fernández de Hijar. Destinó otros cincuenta soldados, con su capitán para el pueblo de Zapotlán, a fin de que diesen auxilio, si fuese menester, a los vecinos de Colima y Provincia de Avalos, que era vecina a la Nueva Galicia. Puso otro capitán en Etzatlán, con veinticinco soldados, y en la laguna de Chapala, a siete leguas de distancia del valle de Tonalá, dejó otros veinticinco soldados, con un capitán. Dadas estas disposiciones, para guarnecer estas fronteras, se quedó solo con cien soldados escogidos, y los más de a caballo. Dió órdenes al capitán Diego López de Zúñiga, a quien tenía encomendado el pueblo de Etzatlán, para que acudiese a la defensa de *Tequila*, por estar aquella gente de mala data; y después de haber proveído a todo lo que juzgó necesario para atender a lo que pedía cualquier acontecimiento, partió para la ciudad de Guadalajara, que estaba de la otra banda del río grande, en el puesto de *Tlacotalán*, y cuando llegó, con mucha diligencia al río, le acudieron los caciques de Tonalá y de Tlaxomulco, con gente de guerra para auxiliar sus fuerzas, y pasar los soldados de su ejército, porque el padre fray Antonio de Segovia, misionero de aquellas naciones, las había conservado en la amistad de los españoles, con pláticas repetidas y fervorosas, hacién-

doles ver el grande daño que le acarrearía el espíritu de rebelión, y cuán contrario era a las máximas de la doctrina cristiana, que les había enseñado. Fué más feliz este venerable varón en la pacificación de estos gentiles, recién convertidos, que no el venerable padre fray Antonio de Cuéllar, guardián del convento de Etzatlán, y segundo mártir de la Nueva España. Es verdad que uno y otro misionero habían trabajado mucho en aquietar antes a los indios, quienes siempre anduvieron con las armas en las manos, hostigados del modo cruel con que los trataban algunos españoles, que eran sus encomenderos; y lo que más excitaba el espíritu de estos héroes apostólicos, era la renuencia de aquellos neófitos, en dejar el concubinato con muchas mujeres, a que se añadía la fuerza del amor de los hijos, que tenían en cada una de ellas, plaga que comprendió todos los habitantes de las Indias Occidentales, y aunque tenían algunos bautizados, como eran pocos los ministros, no podían ocurrir a tantas cosas, y vencer esta gran dificultad que luego se ofreció cuando se les predicaba la fe de Jesucristo. Discurrían con celo infatigable por tantos pueblos y provincias, sólo con el fin de sosegarlos y poner remedio a una enfermedad tan difícil de curar, por estar tan arraigada en ella la fragilidad sensual; y así, como les enseñaba la experiencia, que era imposible remediarla luego, fueron disimulando estos angélicos predicadores, guardándose para mejor ocasión si bien Dios favorecía su buena intención, porque multitud de indios dejaron la poligamia y eligieron una, conforme a lo que previenen los sagrados cánones y determinación de la iglesia católica, la cual había de ser una y legítima, según que se lo enseñaban y advertían, como maestros que eran suyos, en las cosas de la fe. Llegó el tiempo que al parecer de estos padres era oportuno

para arrancar este abuso, y así, con valor trataron de ponerlo en ejecución, comenzando por las provincias coças, que comprenden la de Cuitzeo del Río, de Potztlán, Tonalá, Tlaxomulco, Caxititlán, y las de los Tlaxteques de Tonalá y Tzalatitlán, Ocotlán, Atemayac Ytzatlán, Tlacotlán, Matzatlán, Xaloscotitlán, Tlaxiuchapulín, Mitic y Cuagala; los tochos o caxcanes, Theocaltex, Moxtlán, Tlaltenango, Xuchipila, Tuix o Teul, Cuixpatán, Tepeaca, y Tzotzocola, arrimados a esta nación, los que estaban en las barrancas de Ezatlán. En breve tiempo los redujeron y sujetaron a las leyes de un matrimonio legítimo, esto es, a la verdadera monogamia, y reducidos, ya el demonio hizo de las suyas, para volverlos a sus abominaciones, y así (el año 1541), se sublevaron contra la nación española, persuadidos de que aquella superstición flaca y sin fundamento que dijimos sucedió en Guaynamota después de la muerte del encomendero Juan de Arce, con que por este motivo y otros que se han apuntado se persuadieron y movieron a tomar las armas y alzarse. Dentro de tres días se pusieron en campaña, dando la voz de su destestable determinación a los valles de Tlaltenango, Tepic, Nochiztlán, y todos estos bárbaros se empeñolaron, con otros muchos que conspiraron, en los Cues y en las albarradas de Nochiztlán, y en la serranía de Xuchipila, causando grandes estragos, porque quitaron la vida a muchos españoles e indios cristianos, por los fines del año de 1540 y principios de este de 1541, y en esta ocasión padecieron glorioso martirio los venerables padres fray Juan Calero y fran Antonio de Cuéllar, cuyas circunstancias referiré por extenso en la historia de sus vidas ejemplares, al fin de esta primera parte. Entretanto que perseveraban los indios en esos malos intentos, y cuando más tomaba vuelo esta sublevación perniciosa, el venerable padre fray Antonio de

Segovia como verdadero padre, solicitaba las voluntades de los tonaltecas y tlaxomultecas, instándoles a que perseverasen en la amistad de los españoles, y no apostatasen de la fe, no perdiendo punto este varón celoso, en escudriñar los intentos ponzoñosos de los indios, halagándolos y acariciándolos con amonestaciones amorosas, pidiendo a Dios en la oración fuese servido de domeñar la fiera de aquellos bárbaros, y fueron oídos sus ruegos, porque las provincias de Pontztlán, Cuitzeo, Tonalá, Tlaxomulco, Ocotlán, Atemayac y Tepatitlán, estuvieron quietas y sujetas a la voluntad de este bendito padre, a quien estimaban en mucho de modo que si no hubiera sido por mediar los respetos de este santo varón, más trabajos hubieran padecido los españoles o no quedara ninguno, porque fué causa de que no fuese la guerra y alzamiento tan dilatado y sangriento, y mientras se trataba de la pacificación de estos indios caxcanes discurría este apóstol por todas sus rancherías, predicándoles que no apostatasen de la fe.

Después que el adelantado don Pedro de Alvarado recibió en el paso del río los plácemes y ofertas de los caciques y señores del valle de Tonalá, que le suministraron todo lo necesario en prueba de su lealtad, para que refrescase su gente que venía cansada de marcha tan forzada, pues en un día y una noche atravesó la barranca de Tonalá, que era caminata de tres días para tropa de infantería; preguntándoles ¿si eran también ellos de los alzados, porqué él venía a socorrer a los españoles y a vengarlos de las matanzas que habían hecho con ellos? respondieron, que nunca habían tenido semejante intención, que los caxcanes eran los alzados y que ellos siempre habían sido fieles a los españoles, pues por haber salido a su defensa en lo de Mixtón, les habían muerto cantidad de gente con los españoles que allí murieron. Re-

plicóles al adelantado, aconsejándoles se mantuviesen firmes en la lealtad que profesaban a los españoles, porque de no hacerlo así, los castigaría muy bien. Prometiéronle ellos guardarle y socorrerle en todo en sus tierras; y les mandó dar algunos géneros de ropa de Castilla, con que quedaron muy contentos y amigos, y luego les pidió le diesen indios y gente para pasar el río grande y barranca para ir a la ciudad de Guadalajara que estaba de la otra parte y ya había enviado a dar aviso al gobernador Cristóbal de Oñate de su llegada al río Grande donde (se junta otro río que llama Temacapuli, que viene desde Zacatecas), quien luego envió gente y algunos españoles con el capitán Juan del Camino, para que le fuese a cumplimentar de su venida y le fuesen sirviendo y acompañando hasta la ciudad. Cuando llegó el capitán Juan del Camino al paso del río, halló al adelantado pasándole con cuidado, porque venía muy crecido, por ser tiempo de aguas, y así que lo pasó, le besó las manos Juan del Camino de parte de su gobernador y tanto más gustoso le recibió el adelantado, cuando pensaba, que (según corrían las noticias), no quedaba español a vida en Guadalajara, y así venía a la ligera con sus cien soldados españoles a socorrerles en la presente necesidad. Renovó sus protestas al capitán Camino, que venía con el ánimo de no desamparar el reino de la Nueva Galicia hasta dejarle pacífico, o perder la vida en la demanda, pues Dios le había guardado para aquella ocasión, extraviándole de la derrota que intentaba por mar y sin pensarlo le había traído a donde se hallaban; que esperaba tendría mucho mérito para con Dios y el emperador su señor ocurriendo al remedio de aquel reino. Dióle las gracias de tan generosa resolución el capitán Juan del Camino y ambos fueron marchando para la ciudad que estaba

tres leguas largas de allí y a media legua antes de llegar a ella, encontró el adelantado al capitán gobernador don Cristóbal de Oñate, que le salió a recibir con los pocos españoles que había en la ciudad; se saludaron ambos generales y se abrazaron con demostraciones tiernas y quedándose un poco atrás, cada uno fué tratando de sus cosas, muy contentos de verse juntos los dos más famosos capitanes que había habido en la Nueva España, desde que la entró a conquistar el insigne Marqués del Valle y habiendo llegado a la ciudad, fué conducido el adelantado a las casas del capitán Juan del Camino, que estaba casado con una señora deudá del mismo adelantado que se llamaba Magdalena de Alvarado. Fué hoppedado y muy regalado de toda la villa, pues todos sus moradores esperaban con la entrada de este socorro, verse libres de sus trabajos y que se allanaría todo. Después que hubo descansado algunos días el adelantado, se trataron las cosas de esta guerra tan ruinosa y pareció, que no convenía esperar a los indios en la villa, porque era darles mucho ánimo y soberbia, sino irlos a desalojar de sus montes y castigarlos como merecían. Había llegado el adelantado a la ciudad de Guadalajara a 12 de junio de este año de 1541 y como tenía probadas las fuerzas con los indios mexicanos, de Guatemala y otras provincias, no hizo caso de los indios caxcanes, pareciéndole que sería muy fácil sujetarlos y teniendo a mengua el valor español esperar la fuerza del ejército que prevenía el señor virrey para enviar al gobernador Cristóbal de Oñate, que le había pedido socorro de gente en la apuración en que se hallaba, quiso por sí solo ganar la gloria y triunfo, sin aguardar socorro, sin quererse valer de ningún vecino, ni soldado de la ciudad y sin poderlo estorbar los capitanes y otras personas graves y distinguidas

que traía en su compañía, como eran don Luis de Castilla y Juan Méndez de Sotomayor, determinó salir de la ciudad para el día de Santiago sólo con su gente, a pelear con unos indios que no conocía bien y en tierras pantanosas circunvaladas de montes muy ásperos, que les servían de guarda. Antes de salir a campaña el adelantado, le representó el gobernador Oñate, diciéndole «Mucho me pesa dejar ir a vuestra señoría solo, porque se ha de ver en trabajos, estando los indios muy insolentados y tan defendidos por los pantanos y sierras ásperas en que están empeñolados; mejor sería esperar el socorro de México y todos juntos en tiempo más oportuno, sujetaremos los indios rebeldes y sin riesgo les obligaremos a la paz». No respondió a esta instancia el adelantado otra cosa, sino *que estaba la suerte echada y que se encomendaba a Dios*. Despidióse del gobernador y de todos los principales de la ciudad y tomó su camino para el Peñol y pueblo de Nochitztlán, animando a su gente y después que se fueron, temiéndose el gobernador don Cristóbal de Oñate de la fatalidad que les podía acontecer por la precipitada resolución del adelantado, mandó a unos veinticinco soldados bien aderezados que le siguiesen y dejando el recaudo que le pareció necesario en la ciudad, para su defensa, comenzó a caminar con ellos por los altos de Xuchitlán, y las montañas de Nochitztlán, yéndose a poner enfrente del Peñol hacia lo más alto, para desde allí ver en lo que paraba la facción del adelantado con los rebeldes. El puesto, adonde se colocó el gobernador, era una mesa alta redonda, donde se había situado la ciudad de Guadalajara, la primera vez que se fundó, muy a propósito para su designio, porque desde allí se podía ver muy bien el combate del Peñol, sin que fuesen sentidos de la tropa del adelantado.



Y. J. J. J.

EL ADELANTADO PEDRO DE ALVARADO

LLEGA EL ADELANTADO DON PEDRO DE ALVARADO CON SU
GENTE AL PEÑOL DE NOCHIZTLÁN Y MIXTÓN Y DE SU
DESGRACIADA MUERTE

Antes que entrase el adelantado en el pueblo de Nochiztlán, envió batidores a reconocer sus entradas y mensajeros que rogasen a aquellos indios con la paz, bajo el seguro del perdón de lo pasado, y buen tratamiento en adelante, pero los indios, obstinados en su rebelión, no quisieron oír proposiciones pacíficas y se recogieron en el Peñol, dejando algunos miles de ellos en el pueblo, que tenían bien fortalecido con siete albarradas muy fuertes, que guarnecían las entradas. Quiso el adelantado entrar en Nochiztlán con ánimo de sitiar después a los indios en el Peñol o Mixtón, no obstante que era alto, empinado y muy dificultoso para entrarle, por estar defendido a más de eso, de los indios más valerosos de los caxcanes que entre los chichimecas se aventajaban en ser muy bien dispuestos, robustos y grandes flechadores. Halló el adelantado más dificultad de la que pensaba, en acometer las albarradas, porque salieron a defenderlas unos diez mil indios, que luego dispararon sus dardos o varas tostadas, y con tanto brío y ferocidad resistieron al primer avance de los españoles, que en este encuentro quitaron la vida a veinte españoles, y como crueles y temidos entre los mismos chichimecas los hicieron pedazos y comieron después de la refriega. Hicieron retirar un poco a la tropa del ade-

lantado, pero enardecido el valor de este campeón español, volvió a embestirlos y ganó dos albarradas, con pérdida de otros diez soldados; pero mayor fué el estrago en los enemigos, que buscaron su seguridad en sus montes. Entonces se vió dueño de un pueblo yermo y abandonado, pero considerando por él, y los demás capitanes, que no conseguía cosa, si no acometía a los rebeldes metidos en el Peñol, porque era perder su reputación y darles avilantez y motivo de desvergonzarse por haberle hecho retirar y haberle muerto unos treinta españoles, que en lá ocasión le hacían notable falta, ordenó al capitán Falcón, que con cinco mil indios de Michoacán, mandados por un caballero de la sangre real del rey Caltzontzi, llamado don Pedro, y cien soldados de a pie castellanos, asaltasen el peñol e hiciese desalojar a los rebeldes,² subió Falcón con su tropa a lo más alto del Peñol, con tal ardor, ganando puestos, que si hubiera esperado la caballería, y no se hubiera metido temerariamente en el peligro de ser cercado, hubiera ganado el Peñol, pero su ánimo brioso lo perdió porque los indios, que tenían únicamente a los caballos, no viéndolos y notando la poca gente que se les atrevía, los dejaron subir bien arriba, y cuando les pareció que era tiempo, salieron infinitos de ellos tomándoles el paso con gran concierto y por dos parajes distintos cercaron a los españoles y tarascos, de tal modo, que no podían ser auxiliados de la caballería. Dieron sobre los españoles y los forzaron a retirarse con tal desorden, que el primero que cayó muerto fué el capitán Falcón con otros siete u ocho soldados y algunos indios y hubiera sido mayor el estrago si los nuestros no hubieran ejecutado con acierto la retirada. El adelantado

² Herrera, Dec. 7 lib, 2 cap. 2 f. 39.

venía con su tropa a sostener el sitio del Peñol y como vió que se retiraba la compañía de Falcón, y los indios amigos, los hizo incorporar con su gente, determinado a castigar a los bárbaros, que de tropel bajaron al llano, adonde si el tiempo húmedo y lluvioso no tuviera la tierra empantanada, hubieran pagado su osadía; y siendo el número tan grande de los enemigos que acometían, le fué forzoso al adelantado retirarse, porque en suelo tan cenagoso, lleno de cardones y magueyales, no eran señores de los caballos, que se atascaban; ni aun los soldados de a pie podían andar por el gran lodo que les embarazaba; y así fué sacando su campo con mucho esfuerzo y valor, peleando con multitud de enemigos, que salieron de las albarradas y Peñol, inquietándole la retirada y le siguieron más de tres leguas, teniendo a los nuestros bien acosados. Apeóse del caballo y como tan valeroso capitán a pie con los peones peleaba con su espada y rodela, haciéndoles frente, los soldados de a caballo harto hacían en buscar tierra enjuta, para no atollarse, teniendo sumo trabajo en caminar por lo pedregoso y cenagoso de la tierra y aquí le mataron a un español llamado Juan de Cárdenas y al caballo en que iba montado. Fué incesante la porfía de los indios enemigos en estorbar la retirada de nuestra tropa y en varias escaramuzas que trababan con los nuestros, no se advirtió que los indios los iban embarrancando y dieron con ellos en una quebrada entre el pueblo de Ayahualica y Acatic, siguiendo siempre los indios hasta un río que tiene a la orilla contraria una subida tan áspera, que no se puede subir a caballo y es necesario, que vayan los caballos de diestro. Pasó el adelantado y su gente el río sin estorbo porque los indios contentos con lo mucho que habían hecho en obligar a retirar a los españoles, no quisieron pasar adelante y se volvieron

para sus peñoles y entonces mandó a sus soldados de a pie y a caballo marchasen sin fatiga.

Iba el adelantado con su gente subiendo a pie la cuesta en la retaguardia, cuando uno de los soldados de a caballo, que se llamaba Baltasar de Montoya,³ hijo de Sevilla y amanuense o escribano de don Pedro de Alvarado (quién después murió de edad de 105 años) como llevaba el caballo cansado, para hacerle subir la cuesta le dió con las espuelas, haciendo por adelantarse en tanta manera, que le hacía perder pie; el adelantado le dijo, sosegaos Montoya, que los indios nós han dejado; pero poseído de miedo, no obstante que se apeó del caballo, corría prisa, sin atender a lo que le mandaba el adelantado y apuraba al caballo en tanto grado, que se le fueron a éste los pies y rondando de un encuentro, se llevó por delante al adelantado, quien como iba armado y ya era hombre pesado, no pudo huir el encuentro del caballo y fué tal el golpe que le dió en los pechos, que se los hizo pedazos y le llevó rodando por la cuesta abajo hasta un arroyo, adonde estando caído, acudió toda la gente a su socorro y le hallaron sin sentido. Diéronle agua, con que volvió en sí y echaba sangre por la boca a borbotadas, diciendo: esto merece quien trae consigo tales hombres como Montoya. Era tan grande su dolor, que apenas podía hablar y causaba lástima a todos, luego aderezaron un pavés o tapex-tle y lo llevaron con cuidado al pueblo de Atenguillo, que distaba unas cuatro leguas de aquel puesto, adonde sucedió esta desgracia, que fué a 24 de junio de este año de 1541, día del glorioso precursor San Juan Bautista, donde llegaron a dormir, para ir otro día a la ciudad de Guadalajara. Mien-

³ Cronicón manuscrito de Tello.

tras tanto, viendo el capitán gobernador Oñate, que los rebeldes hacían retirar al adelantado y a su tropa y que lo seguían con prisa, salió de su puesto, tomando lo alto del peñol, para salir al encuentro de los enemigos y defender la retirada de los españoles y cuando llegó al pueblo de Ayahualica, alcanzando algunos soldados de a pie les preguntó ¿adónde quedaba el adelantado? y le respondieron, dándole cuenta de lo que había pasado en el sitio del Peñol, cómo le habían muerto treinta soldados, que había pasado adelante y acontecido la desgracia referida y lo llevaban mortal a Guadalajara; entonces el gobernador se dió prisa a caminar con su escuadrón y a las oraciones llegó al pueblo de Atenguillo, donde halló al adelantado muy fatigado; y entreambos se enternecieron.

Conoció el adelantado lo mal que había hecho en no creerse de lo que con tanto acuerdo le había aconsejado el gobernador y díjole: *quien no cree a buena madre, crea a mala madrastra*; yo tuve la culpa en no tomar consejo de quien conocía la gente y la tierra, pero ya no tiene remedio; me siento mortal y conviene que con la brevedad posible me lleven a la ciudad, para componer el negocio de mi alma. Luego sin dilación, mandó el gobernador meterlo en su tapextle y llevarlo a la ciudad, que distaba de allí como cuatro leguas llanas y él se adelantó por la posta y dispuso que el bachiller Bartolomé Estrada, que era cura y vicario de la ciudad, saliese con prontitud a confesar al adelantado, porque estaba acabando. Salió el bachiller Estrada y a una legua que anduvo, encontró al adelantado, que estaba en las ansias de la muerte y no obstante mandó parar el pavés y debajo de unos pinos se confesó con muchos sollozos, y grandes muestras de verdadero arrepentimiento; acabada la confesión, mandó que le llevasen poco

a poco a la ciudad y rogó al bachiller Estrada no se apartase un instante de su lado y de cuando en cuando se reconciliaba con gran devoción y dolor de sus culpas.

A la entrada de la ciudad salió mucha gente a caballo y aun algunos señores principales a recibirle, manifestando todos el llanto justo que tenían, demostraciones que agradeció el adelantado, diciéndoles que se reportasen, que todavía tenía vida y esperaba que su Divina Majestad, si convenía, le había de mejorar, para que desempeñase su palabra de defender la Nueva Galicia. Pasáronle a las casas de Juan del Camino y fué aposentado y asistido con el mayor cuidado, como que estaba en casa de sus deudos. Luego ordenó su testamento, porque no daba treguas su mal, ante Diego Hurtado de Mendoza, escribano público y habiendo recibido los santos sacramentos con ternura y edificación de todos, ordenó a sus capitanes y soldados que si Dios disponía llevarle para sí, volviesen con su armada a Guatemala y la entregasen a la disposición de doña Beatriz de la Cueva, su mujer y despachó sus órdenes a los capitanes que había repartido con varios destacamentos en las fronteras de Zapotlán, Autlán, Etzatlán y Chapala, para que no las desamparasen hasta que el señor virrey don Antonio de Mendoza otra cosa mandase, entendiendo ya S. E. en hacer levas para atender a la pacificación de los indios alzados y rogándoles, que así lo hiciesen, bien que acabada de pacificarse la tierra, se podían retirar a donde más les conviniese. Ordenó, que su cuerpo se depositase en la iglesia parroquial de la ciudad de Guadalajara y de allí se trasladase al convento de Tiripitío, pueblo y doctrina de la Orden de San Agustín en Michoacán; y más ordenó, que de Tiripitío llevasen sus huesos al convento de Santo Domingo de México; y

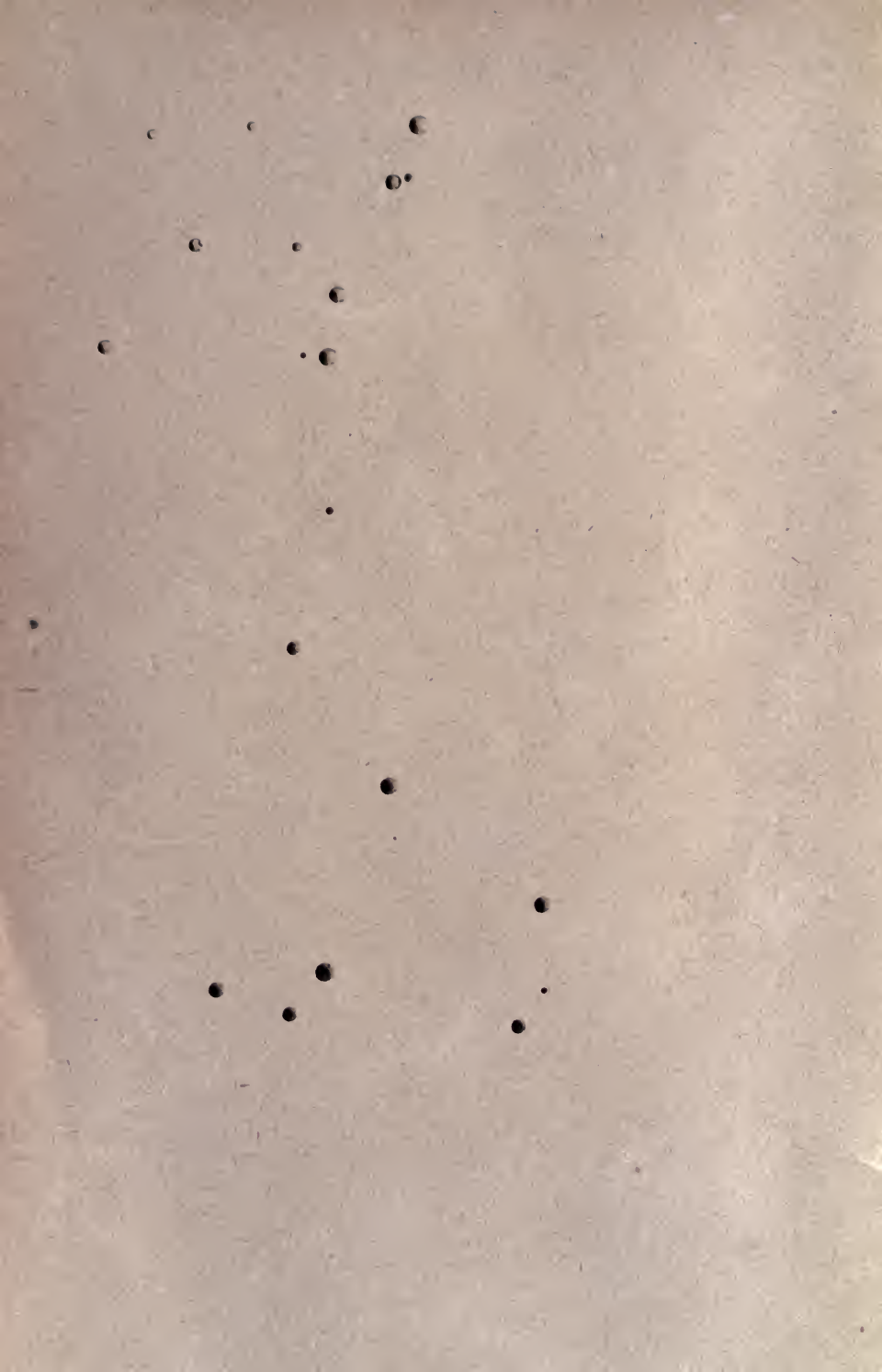
que para los gastos de llevarle, decir las misas y novenarios y hacer sus honras y exequios, se vendiese en almoneda a fuera de ella, la parte que fuese necesaria de los bienes que tenía en Guadalajara o en México; y formó otras cláusulas, añadiendo, que por cuanto estaba fatigado, se remitía a lo que dispusiese el ilustrísimo don Francisco Marroquín, obispo de Guatemala, con quien tenía comunicadas muchas cosas pertenecientes al descargo de su conciencia, dejándole por albacea y a Juan de Alvarado, vecino de la ciudad de México, quien después tomó el hábito en la religión de San Agustín, donde vivió santísimamente y ha obrado Dios por él muchos milagros en el convento de San Agustín de México. Otorgó su testamento cerrado a 4 de julio de este año de 1541 y fueron al hacer el testamento don Luis de Castilla, Hernán Flores, Francisco de Cuéllar, Alonso de Luján y Juan Méndez de Sotomayor y además del escribano principal, que fué Diego Hurtado de Mendoza, le autorizó el escribano Baltasar de Montoya. Murió cristianamente este capitán a 4 de julio del referido año según lo dice el padre cronista fray Antonio Tello, en su manuscrito y creo que así fué, no obstante que el historiador Herrera y otros dicen que murió el adelantado a los tres días de su caída desgraciada; porque la individualidad con que se explica este reverendo cronista, da a entender que lo ha reconocido por los papeles auténticos del archivo de la ciudad, y trae de paso que a 3 de julio del mismo año, que fué un día antes de la muerte del adelantado Alvarado, llovió sangre en Toluca.

Fué muy sentida la muerte de este capitán valeroso en toda la ciudad de Guadalajara, y con mucha razón, pues por venirla a socorrer murió. Fué enterrado honrosamente en una capilla de nuestra Señora, en la iglesia parroquial de la ciudad a ma-

no izquierda como entraban en ella. Debajo del púlpito. Después como lo tenía ordenado en su testamento, llevaron sus huesos a Tiripitío y de allí se trasladaron a Santo Domingo de México y al fin a su sepulcro de Guatemala, adonde se le hicieron solemnes y pomposas exequias. He tratado todas estas circunstancias, siguiendo lo que refiere Tello en su manuscrito, porque me parece que este autor se ajusta más a la verdad de lo sucedido en la muerte de este heroico capitán en el asedio del Peñol de Nochiztlán, apoyado de la autoridad grande del historiador Herrera y digo con él, que erró la pontifical el reverendo Torquemada y fray Antonio de Remesal, que dicen haber sucedido este caso lastimoso en *Etzatlán*, o en el cerro de Nochitiltic, entre la ciudad de Guadalajara y Compostela y que está enterrado en el dicho pueblo de Etzatlán; pero mucho mayor fué el yerro de Bernal Díaz del Castillo, que asienta fué este acaecimiento en unos peñoles, que se dicen *Cochitlán* cerca de la villa de la Purificación (de que no hay memoria en toda aquella tierra), y que allí le enterraron.

Después el virrey don Antonio de Mendoza se aprovechó de esta armada del adelantado, para no sólo descubrir toda la costa del Sur de esta Nueva España, sino también para abrir la navegación de Nueva España a las islas de la Especería y nombró por capitán a uno que había venido de España llamado *Rui López de Villalobos* y en esta jornada fueron trescientos setenta españoles y cuatro religiosos de la orden de San Agustín; y con la muerte del adelantado quedó la ciudad de Guadalajara con solos treinta soldados, porque los de don Pedro de Alvarado se volvieron a Zapotlán, pero en esta aflicción y circunstancia tan crítica en que se hallaban los vecinos de Guadalajara, proveyó Dios, porque a

fines de julio vino a México el capitán Diego Vásquez de Buendía, bien despachado del señor virrey, que envió sesenta hombres de a caballo y por su capitán a Juan de Muncibay.



**MUERTE DE ALVARADO, SEGÚN EL
CRONISTA MOTA PADILLA**



MUÉVESE EN EL ALZAMIENTO TODO EL REINO DE LA GALICIA; EMPEÑÓLANSE LOS INDIOS EN LA FORTALEZA DE MIXTÓN, Y BAJANDO, DESBARATAN A LOS NUESTROS, LLEVÁNDOSE VIVOS A FRANCISCO DE LA MOTA Y OTROS, Y PIDEN DE GUADALAJARA SOCORRO A MÉXICO.¹

1.—Gobernando Cristóbal de Oñate, el reino de la Galicia, por ausencia de Francisco Vásquez Coronado, tuvo noticia que los indios de la provincia de Tecojines (que son los de Ostotipac), andaban malos, y asaltaban a los indios de servicio que ocurrían a Compostela, y que no había otro remedio que mudar la ciudad de Tepic (en donde estaba), al valle de Cactlán (donde ahora está), que era el riñón o centro de los Tecojines, para sujetarlos; así lo hizo, y procuró ilustrarla, con lo que parece se aquietaron; y habiendo pasado a Guadalajara, oyó que los indios caxcanes, los de Nochiztlán, Teul y Teocualtiche, no querían asistir a la doctrina ni servir a sus encomenderos, y cuidadoso procuraba repararlos, como lo hizo en Compostela, y al mismo tiempo recibió cartas de Juan Villalva, a quien había dejado de justicia mayor de dicha ciudad de Compostela, en que le daba noticia de cómo los in-

¹ Capítulos xxiii a xxv del Libro *Historia de la conquista de la Provincia de la Nueva Galicia*, escrita por el licenciado D. Matías de la Mota Padilla. Publicada por la *Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*. México, Imprenta del Gobierno, en Palacio, a cargo de José María Sandoval. 1870.

dios de Guainamota habían muerto a Juan de Arce, su encomendero y vecino de aquella ciudad; el caso fué, que en los pueblos de su encomienda, tenía Juan de Arce su casa, y para su defensa unos lebreles, y queriéndole matar los indios, de parte de noche, los perros no los dejaban llegar, y cautelosamente se le retiraron, de suerte que de nada le servían; llamó a los caciques y les reconvino, y ellos dieron por respuesta, que de miedo de los perros no llegaban, y que si no los mataba, no irían: oyendo esto Juan de Arce, no advirtiéndole que los podía amarrar, le pareció satisfacer a los indios, en cuya presencia los mandó ahorcar por quitarles el temor, para que le sirviesen y llevasen el sustento; y luego aquella noche cayeron en su casa, le mataron, y asado se lo comieron, y luego se alzaron.

2.—Al mismo tiempo, en el pueblo de Tlaxicolzingo (de que ya no hay memoria) tuvieron los indios un baile, en el que de una mano a otra, mantenían en el aire un calabazo, y el demonio valiéndose de la ocasión, con un huracán o remolino, lo desapareció, y confusos, lo atribuyeron a misterio, que una india vieja les explicó, diciendo: «que si cogían las armas contra los españoles, así como el viento les quitó de la vista el calabazo, del mismo modo se llevaría a los españoles con gran polvareda». Abuso fué éste que conmovió a todos los indios de la Galicia, de suerte que llegó hasta Culiacán, y en toda la tierra se vieron los españoles en gran conflicto.

3.—Determinó Oñate destacar un trozo de veinticinco hombres, los más esforzados, para que con trescientos indios de Tonalá y Tlaxomulco pasasen a visitar los pueblos de Nochistán, Xuchipila y co-

marcaños, y fueron Miguel de Ibarra, Francisco de la Mota y Pedro de Placencia, que eran actualmente regidores de la ciudad de Guadalajara; también fueron el capitán Diego Vásquez de Buendía, Juan del Camino, Cristóbal Romero (Diana o Viana), Juan de Salinas y Diego Hernández Odrero, y otros; puestos en orden, marcharon, y llegando al río de Xuchipila, hallaron los pueblos yermos, porque todos los indios estaban empeñolados en el Mixton, fortaleza la más principal que hay en todo el reino de la Galicia; porque es una sierra muy alta, muy pedregosa, y de unas rocas y peñas tajadas, que la hacen impertraversable, y por eso tiene el nombre de Mixton, que en lengua mexicana es gato, para dar a entender que sólo estos animales pueden subir a él; es un peñol que en la cima tiene una mesa capaz de mucha gente; y después se dilata la sierra hasta internarse en el Nayarit.

4.—El sábado de Ramos, de año 1541, llegaron a la falda de dicha sierra, y requeridos los indios de paz, se negaron a ella, y sin embargo se les volvió a requerir, apercibiéndolos que de no bajar de su voluntad, les habían de matar, y habían de hacer esclavos a sus mujeres e hijos; a cuya embajada respondieron, que el día siguiente estarían juntos los caciques y principales, que de miedo se habían internado en la sierra, y bajarían todos a dar sus disculpas, con lo que determinaron poner su real al pie de dicho peñol, y aquella noche se mantuvieron con algún recato, y habiendo amanecido, se aseguraron y descuidaron, y a las ocho de la mañana, día domingo de Ramos, estando el sol eclipsado (anuncio de la fatalidad que les esperaba), dieron los indios en el real, con tal furia y con tanta precipitación, que apenas pudieron valerse unos a otros; era tanta la multitud

de indios de que por todas partes se veían cercados, que no descubrían brecha siquiera para la fuga, ni se les daba lugar para montar en sus caballos. Tres de los capitanes pudieron romper la multitud de indios con sus lanzas, saliendo a lo llano, que fueron Francisco de la Mota, Pedro de Placencia y Diego Vázquez de Buendía, y viendo que no salían los demás, conocieron el peligro en que estaban, y volvieron a querer abrir brecha para socorrerlos, pero era tanto el número de indios, que en breve se hallaron imposibilitados de socorrer a los que pretendían, ni podían volver a salir por donde habían entrado: hora y media duró el combate, y quedó el campo por de los enemigos; y de los nuestros los que pudieron, cada uno por donde Dios los ayudó salió, sin poder unirse unos con otros. En esta ocasión, Cristóbal Romero y otros de los soldados se hallaron cercados solos, y habiéndosele estancado el caballo, advirtió que un pobre indio de Tlaxomulco, llamado don Diego Vázquez, había montado en un caballo de uno de los soldados muertos y como era indio que no sabía gobernarle, sólo servía de blanco para que los indios le flechasen, y viéndose con su caballo estancado, con presteza asió de un brazo al indio Don Diego, lo arrojó al suelo y montó en el caballo, y rompió a los indios hasta incorporarse con Pedro de Placencia y Diana, que andaba a las vueltas con algunos de los enemigos, a tiempo que una flecha hirió gravemente en un ojo a Diana, quien luego cayó del caballo; llegó Placencia a socorrerle, dándole ancas, mientras que Romero les guardaba las espaldas; y trataron de salir en fuerza de carrera de entre los indios, los que seguían al alcance; animaban Romero y Placencia a Diana para que se tuviese y esforzase, hasta que le pusiesen el salvamento, mas como la herida era en parte tan noble, le faltaron las fuer-

zas, y pidiendo a Dios misericordia, cayó del caballo; detuviéronse los compañeros, y a voces procuraban alentarle para volverle a dar ancas, mas le hallaron inmóvil, por lo que viendo que no sólo eran seguidos de muchos indios, sino que por todas partes les formaban cerco, trataron de romper con sus lanzas la parte por donde menos indios se le oponían, para lograr la fuga.

5.—De esta suerte quedaron los nuestros desbaratados y sin saber unos de otros, hasta que al tercero día fueron llegando a Guadalajara unos indios de Tlaxomulco, de los que pudieron lograr la fuga, y dieron la fatal noticia del desbarato, y añadieron que hasta cerca de la ciudad les habían seguido, no sólo indios de los pueblos comarcanos, sino otros gentiles no conocidos que los auxiliaban, y que eran tantos que nunca habían visto tropas más numerosas. Determinó Oñate ponerse en arma para la defensa; llenóse de confusión la corta ciudad de Guadalajara, lloráronse por muertos todos los que habían salido, a cuyo tiempo fue llegando Juan Michel, flechado todo el cuerpo y el caballo mal herido, y que apenas podía dar paso; fuese a desmontar a su casa, en donde le recibió su madre y una hermana suya, casada con Diego Vásquez de Buendía; y aunque todos ocurrían a informarse de lo acaecido, y cada interesado preguntaba por los suyos, no acertó a dar más razón, que habían sido desbaratados, y que no estaba para más que para confesarse, pues Dios le había dado tiempo.

6.—Salió Oñate de la ciudad con algunos soldados, dejando sólo doce en ella para su defensa; pero a cosa de una legua vieron llegar a Michel Ibarra y a algunos otros soldados, tan heridos, macilentos y

muertos de hambre que causaba lástima, y dieron razón de que a su vista habían los indios apresado y llevádose vivo a Francisco de la Mota, a Salinas y a Diego Hernández de Odrero, sin duda para sacrificarlos: trató Oñate de pasar adelante, y de una montañuela fué saliendo Pedro de Placencia, que apenas podía moverse, y dió razón de la muerte de Diana, y que ya no era tiempo de ir contra los indios, sino de fortificarse en la ciudad para defenderse de ellos; parecióle al teniente de gobernador acertado el dictamen, y así se volvió a la ciudad, y por extenso se tuvo razón de que habían muerto diez castellanos y más de ciento cincuenta indios de Tonalá y Tlaxomulco, que eran los que en todas ocasiones mostraban fidelidad: es de entenderse que por los de Tonalá se entienden los de Tetlán, que hoy son los de Analco, y también los de los otros pueblos de San Pedro, San Andrés, y demás inmediatos a Tonalá.

7.—Sabiendo Oñate que hab'a perecido Francisco de la Mota, quien dejaba mujer e hijos, pasó a su casa a consolarles, prometiéndoles les atendería en todo, y les acudiría con los aprovechamientos de la encomienda de dicho Francisco de la Mota; trató de fortificarse, temiendo no pasase adelante la soberbia de los indios; y cuando escribía pidiendo socorro a los castellanos pocos que habían dispersos en la Galicia, fueron llegando sucesivamente cartas de Culiacán, Compostela y la Purificación, con noticia de estar toda la tierra alzada; aquí fué la mayor confusión, por considerarse aquella corta ciudad sin fuerzas para resistir, y sin esperanzas de socorro; culpaban la ambición de su gobernador Francisco Vázquez de Coronado, en haber pasado a nueva jornada, llevándose la gente, así españoles como indios amigos, que en aquella ocasión pudieran aprovechar;

resolvíanse muchos a desamparar la ciudad, y salirse del reino de la Galicia para la Nueva España; decían ser la tierra tan pobre, que no se conocía el oro ni la plata, que únicamente podría servir para cultivarse; pero que para ello necesitaban tener primero cría de ganado y caballada, lo que era difícil conseguir por la multitud de indios que se lo comían, y aún sin comérselo lo mataban por sólo hacer daño; que los indios, con la libertad que les habían dado, ya no servían a sus encomenderos, por lo que no era dable sujetarlos. Llegó a tanto el conflicto, que ya los soldados a cara descubierta se negaban a obedecer a sus capitanes, y al teniente de gobernador, quien con ánimo invencible y admirable prudencia sobrellevaba el tumultuario rumor, contenía a los que precipitados intentaban salirse de la ciudad; deciales que no era tiempo, por estar tan cerrados de enemigos, que apenas podrían moverse, y no sería bien muriesen infamados a manos de sus contrarios, y esto con más certidumbre que de mantenerse fortificados en la ciudad que habían jurado no desamparar. Otros decían que sólo podrían conservar las vidas congregándose en la ciudad las fuerzas, y que para ello debía el teniente de gobernador, mandar se desamparasen las villas de Culiacán y Purificación, y aún la ciudad de Compostela, puesto que en fábricas tenían poco que perder, y que todos poblasen en Guadalupe, desde donde después podrían ir pacificando y poblando la tierra, porque dispersos y en tan larga distancia, sin duda perecerían.

8.—Aflijido se hallaba Oñate, sin embargo, como era discreto, prudente, apersonado, bien hablado y de grande resolución, les hizo cargo del empeño de sus honras y les persuadió a que tolerasen, esperando en la divina Majestad el remedio; que ¿qué se diría de

tan bastarda cobardía? y que tuviesen presente que no se ganaba la honra con emprender facciones, si no se llevaban hasta el fin; que ya despachaba a la ligera a México a Diego Vázquez de Buendía, a pedir socorro; que entre tanto lo que convenía era reposar con las armas en la mano; que él sería el primero que hiciese cuartos en las velas, y que estuviesen entendidos que a su lado tenía capitanes y soldados de tanta honra, que aunque él siquiera desamparar la ciudad, no se lo permitieran, pues no dudaba que si examinara de uno en uno a todos los de la ciudad sobre este punto, había de sacar en limpio no tener origen la propalada infamia que en confusas voces llegaba a sus oídos, de intentar desertar de la ciudad; y que tan cierto estaba en su dictamen, que allí, en público daba licencia para que cada uno expresase su sentir. «¿Qué decis, señores, será bien desamparar la ciudad, y conseguir las vidas por medio de una vituperable fuga o morir conservando el buen nombre que acredite nuestra constancia?» A una voz todos respondieron: que primero morir que desamparar la ciudad sino fuese por fortalecerse en lugar más a propósito, dentro del mismo reino de Galicia»; con lo que Cristóbal de Oñate, dando a todos las gracias de su resolución, aquietó los ánimos, de suerte que de allí en adelante cada soldado era animado de los otros.

LLEGA EL ADELANTADO ALVARADO AL PUERTO DE LA NA-
VIDAD CON SU ARMADA; PÍDELE SOCORRO ONTE Y LO OFRE-
CE; MUERE A MANOS DE LOS INDIOS EL V. FR. JUAN CALE-
RO CERCA DE ETZATLÁN, CUYO CUERPO SE HALLA INCO-
RRUPTO Y OLOROSO, Y LO ENTIERRAN EN LA IGLESIA DE
ETZATLÁN A LOS SIETE DÍAS.

1.—Por ese tiempo, el Adelantado Pedro de Al-
varado, en virtud de capitulaciones con su Majestad,
para entrar con armada al descubrimiento de islas y
tierras nuevas, como la China y California, formó
su armada en el Realejo de Guatemala, y con ella
llegó al puerto de la Navidad a hacer agua y a abas-
tecerse, para proseguir su viaje, con cuya noticia, D.
Juan Fernández de Híjar, a cuyo cargo estaba la vi-
lla de la Purificación en aquellas costas, le dió no-
ticia del conflicto en que se hallaba el reino todo, el
destrozo que hicieron los indios del Mixtón, la impo-
sibilidad de socorrerse unos a otros, por ser pocos y
en largas distancias: que aunque D. Nuño de Guz-
mán había entrado en el reino con quinientos caste-
llanos, sólo de la villa de Culiacán se habían salido
más de ciento; y que eran tales y tan inquietos y
cruelles en el trato de los indios, que había quedado
sin ellos la tierra más segura; que cincuenta habían
salido de orden de Guzmán, a pacificar cierta rebe-
lión de los indios de Etzatlán y Tequila, y después de
que hicieron lo que les mandó, se salieron del reino
por Colima, y prosiguieron para el Perú, por el buen
nombre de sus riquezas; que el capitán Chirinos se

había, vuelto para México, con veinticinco hombres y ocho mil indios, mexicanos y tarascos, que habían librado de la peste; que treinta y siete hombres que tenían poblada la villa de Espíritu Santo, en Chame-tla, la habían despoblado con licencia de D. Nuño, y se habían salido de la tierra; que cuando D. Nuño salió del reino, le habían acompañado treinta de sus camaradas; que Juan de Oñate y otros, temerosos de la residencia que había de tomar el Lic. Diego Pérez de la Torre, se habían ido al Perú; que Francisco Vázquez Coronado, había llevado algunos soldados e indios amigos, al descubrimiento, en que de orden del virrey andaba; y que así, sólo se hallaba la Galicia con doscientos hombres, tan distantes unos de otros, como se dejaba entender, y que aún de éstos, ya eran muertos diez en el Mixtón.

2.—Oído por Alvarado lo referido, tuvo a buena suerte haber llegado a tiempo de que su nombre fuese más conocido, mediante el socorro que prometió dar; y como era hombre de tanta resolución, le pareció que debía por el gobernador haberse estrechado más a los indios, hasta desbaratarlos; y así, determinó pasar a providenciar lo conveniente, para castigarlos y dejar quieta toda la tierra. Juntó a sus capitanes, a quienes expresó habérseles ofrecido un negocio de gravedad; que la Galicia estaba toda alzada, y podía temerse cogiese tanto cuerpo la rebelión, que toda la Nueva España peligrase: que en ninguna cosa podría mejor emplearse el valor; que en el socorro de aquella necesidad; que tiempo quería para seguir su derrota. Todos convinieron gustosos y comenzaron a aprestarse, a tiempo que llegó un expreso de la Nueva España, de D. Antonio de Mendoza, en que le ordenaba se viesen; por lo que a la ligera se puso en camino, y en breve tiempo se vió

con el virrey, con quien se concertó para pasar con su armada por la costa del mar del Sur, a dar socorro a Francisco Vázquez Coronado, que entendía en la jornada de Tzibola.

3.—Volvió Alvarado al pueblo de Tzapotlán, que es uno de los de las provincias de Avalos, en donde formó su real por estar más cerca de Guadalajara, y poder más prontamente socorrerle, puesto que ya con sólo su arribo al puerto de la Navidad había sido suficiente para que se aquietasen los indios texoquines, y otros que inquietaban a los de Compostela y villa de la Purificación, por estar dicho puerto de la Navidad vecino a estas dos poblaciones; pero como el contagio del alzamiento había sido general, estaban los más pueblos conmovidos; y así, los indios de Ameca y Tequila, quemaron las iglesias y negaron la obediencia a los religiosos y el P. Juan Calero, que había trabajado en instruirlos, lastimado de ver perdido el trabajo de su predicación, lleno de fervoroso espíritu, pasó al pueblo de Etzatlán, en donde residía el P. Fr. Antonio Cuellas, su superior, y le pidió bendición para subir a la sierra a bajar a los alzados; y no dudó dársela, por ser una obra tan heroica, y con ella se abroqueló con la imagen de un crucifijo, y a pie y descalzo subió al monte y les afeó el hecho de un alzamiento; prometiéndoles les alcanzaría el perdón de las muertes que habían hecho en algunos españoles e indios amigos; persuadiéndoles ser el demonio el ídolo que habían levantado, quien no trataba de otra cosa que de engañarlos para su perdición; por lo que, enfurecidos, quisieron matarle, y le dijeron lo harían si no se iba, que ellos sabrían lo que les convenía.

4.—Conoció el padre ser en aquella ocasión su predicación infructuosa, y así determinó volverse, y

luego que se apartó de ellos, una india vieja comenzó a llorar, diciéndoles a los indios, que cómo esperaban conseguir victoria, si permitían que aquel religioso maltratase a sus dioses, y no se vengaban; que cómo les habían de favorecer; lo cual, hablando con demostraciones de lamentos, los que oyeron los indios, y al punto, excitados de tan diabólica exhortación, fueron en alcance del bendito padre, enarcando para tirarle flechas y piedras; y viendo nuestro Fr. Juan Calero tan descompuesta acción, se puso de rodillas, dió gracias a Dios por la merced que le hacía, y con alegre semblante, dijo a los indios: «Ojalá y en mi muerte consistiera el que vosotros diérais crédito a la verdad que os predico; en nada estimo la vida, y de buena gana la ofrezco, con tal que os convirtáis a Dios». Y estándoles diciendo estas y otras palabras llenas de espíritu, le flecharon los bárbaros, de suerte que llegó a caer en tierra, y con unas porras, que eran unos palos muy sólidos y gruesos en su extremidad, le quebraron la dentadura y le dieron tantos golpes, que bastaron para quitarle la vida, el día diez de junio del año de quinientos cuarenta y uno, primer día de Pascua de Espíritu Santo. Cuatro indizuelos que al padre acompañaban, de los más domésticos, que le ayudaban a decir misa, los tres se abrazaron del padre llorando, como para defenderle, y el otro, que era el mayor, se puso en fuga para Etzatlán, y los tres murieron a golpes de los indios.

5.—Llegó la noticia de Etzatlán, y llenó de confusión el pueblo, llorando la muerte de religioso tan amable, y temiendo acometiesen, trataron de fortificarse para la defensa, porque daban los indios sus asomadas, hasta que el día 15 salió el capitán Diego López de Zúñiga, y otros soldados e indios, y fueron al puesto, donde hallaron el cuerpo del bendito pa-

dre, desnudo, oloroso y sin corrupción alguna, estando los tres indizuelos desechos y comidos de animales; lleváronlos al pueblo de Ezatlán y los enterraron, teniendo antes el cuerpo de dicho padre dos días velándole, y consolándose con su presencia, llenando de admiración a todos los indios y demás que le conocían, aún después de muerto, por no estar desfigurado.

6.—Continuaron los indios en su general alzamiento, sin embargo de que el P. Fr. Antonio de Segovia (apostólico varón de los que fueron en la segunda barcada de religiosos, y prelado de los que andaban en la Galicia), desde el pueblo de Tetlán, salía a aquietar la rebelión, andando de pueblo en pueblo, exhortándoles a que perseverasen en la fe que habían profesado, y en la amistad de los españoles; y viéndose D. Cristóbal de Oñate acosijado por todas partes, y con la noticia de hallarse en el reino el Adelantado D. Pedro de Alvarado, determinó se le escribiese por el cabildo y regimiento de Guadalajara y por él, pidiéndole socorro; nombróse al capitán Juan de Villarreal para la embajada, quien en breve se puso en Tzapotlán, y avisado el Adelantado, salió a la puerta, al tiempo que alzando la visera Villarreal, sin desmontar, le dijo: «Sea V. S. bien hallado; estas cartas vienen escritas con lágrimas de afligidos; son del gobernador interino del reino de la Galicia, Cristóbal de Oñate, y del Consejo y regimiento de la ciudad de Guadalajara; por Dios y por el servicio que hará V. S. a su Majestad, le requiero socorra aquel reino y aquella ciudad, porque de no, se pierde todo; y esto con brevedad, señor». Recibió las cartas Alvarado y dijo: «Harélo, hidalgo, con mil amores, idos a descansar mientras respondo a estas cartas». Hizo junta de guerra,

y en brève se resolvió la materia; y al dar las cartas a Villarreal, le expresó que de su parte dijese a todos aquellos caballeros, que gustoso pasaba a servirlos, y tan breve, que podía ser que llegasen a un tiempo; que depusiesen el temor, pues ya él iba, y supiesen que primero le faltaría la vida, que él los desamparase. Luego al punto nombró un capitán, para que con cincuenta soldados pasasen al pueblo de Autlán, para que estuviesen prontos al socorro que se necesitase en la villa de la Purificación; otros cincuenta dejó en Tzapotlán; veinticinco puso en Etzatlán; y otros veinticinco en la laguna de Chapala; y en Tonalá otros veinticinco, y cien hombres llevó consigo a Guadalajara, dejando el resto de los trescientos que traía, en conserva de la armada en el puerto.

7.—Luego que Cristóbal de Oñate hubo pedido el socorro al Adelantado, mandó que Miguel de Ibarra, con algunos soldados, pasase a Teocualtichi, y sus sujetos (que eran de su encomienda), y reconociese el estado en que se hallaban. Llegó al pueblo, y lo halló sin gente, y disimulando el concepto de alzados, mandó llamar a los caciques y principales, diciéndoles: que allí estaba, que le llevaran de comer; mas los indios no quisieron disimular, antes sí, despechados respondieron: que ya se podía ir a Castilla, que ellos estaban en su tierra; que si querían se les diese de comer, lo trabajasen o fuesen al Mixtón, que allí los regalarían como a sus compañeros; volvióles Ibarra a requerir, diciéndoles: que más que no les dieran de comer, que sólo pretendían su amistad; y que pues ya eran cristianos, y tenían dada la obediencia al rey, que bajasen de paz, y se les perdonaría por su Majestad aquel alzamiento, y que de no, se les haría cruda guerra; a que respondieron,

hiciesen lo que quisieren, que ellos se defenderían. Salió Ibarra con sus soldados, y apartándose un poco, llegó a un rancho, en donde los principales indios estaban fortificados, y hablando con los caciques a quienes conocía, les requirió con la paz y les amenazó con la guerra; ellos se reían y decían: si tan valiente sois, ¿cómo os fué en el Mixtón? Ibarra les respondía, que sólo a traición pudieron cantar la victoria; que en breve vendrían de México otros muchos soldados, que los tratarían como merecían; a que los indios, con el seguro de no ser los soldados más que ocho, y ellos muchos y mejorados de puesto, en el que no podrían los nuestros aprovecharse de los caballos, los provocaban a que saliesen, por ver si lograban el rompimiento. Viendo los nuestros la dificultad de avanzarles, se retiraron, y al mismo tiempo cargaron los indios con flechas y piedras, y cuando se creyó que por ser tantos, prosiguiesen el alcance en tierra llana, al acometerles los nuestros, se volvieron a empuñar.

8.—Pasó Ibarra a Nochistlán, cuyo peñol halló reforzado con siete albarradas de dos brazadas de grueso, y de alto un estado, y en el peñol más de diez mil indios, con morriones de plumas a su usanza, capitaneados de un indio zacateco, llamado D. Diego, y otro cacique D. Francisco: mandó Ibarra le llamasen a los caciques, que tenía que hablarles, sólo bajó el D. Francisco, diciendo: «señor, ¿a qué vienes? ¿quieres que te maten como a tus compañeros? Yo estoy pronto a servirlos, porque soy amigo de los españoles; pero mis vasallos me han querido matar, porque me negaba a este hecho; quien más los alienta es D. Diego el zacateco, y yo no puedo menos que porque no me maten, concurrir, porque tengo entendido, que sino dejáis la tierra, habéis todos de

perecer. Mandó Ibarra con instancia, le llamasen a D. Diego el zacateco, creyendo que por agasajo le podría reducir y así le dijo. «Para qué andáis en estas revueltas? dejaos de eso, y bajad en paz, puesto que los españoles no os han hecho agravio; yo os aseguro que si bajáis de paz no se os hará cargo de vuestro alzamiento»; mas el indio, que ya estaba soberbio con la victoria pasada, y se veía engreído con los requerimientos blandos de Ibarra, respondió, tratándole a él y a sus soldados con imperio: «Sois unos barbudos bellacos y calabazos (que es el oprobio mayor, aun hoy, entre ellos) y más lo es D. Francisco que me llamó aquí; idos presto; porque haremos que la tierra os trague; que el aire os arrebate como al calabazo ¡aquí, zacatecos! ¡al arma amigos! ¡muevan éstos españoles! ¡defendamos nuestras tierras! ¡vengüemos nuestros agravios! y con un alarido formidable, cuyos ecos resonaban en los valles, dispararon infinidad de flechas, y acometían a descender de las albarradas, antes que los nuestros bajasen a lo llano, que es donde deseaban los pocos soldados cogerles, y nunca los indios quisieron exponerse al peligro, o porque no estaban todavía convocados todos, o porque esperaban mejor ocasión. Retiróse Ibarra y pasó a dar la noticia del mal estado del reino a Oñate, para que se fortificase más la ciudad, porque temió que en breve darían los indios en ella; a cuyo tiempo llegó Villarreal, dando razón de la prontitud con que el Adelantado iba a socorrerles, con lo que cobraron aliento.

TRATA D. PEDRO DE ALVARADO DE GANARLES A LOS INDIOS
EL PEÑOL DE NOCHISTLÁN; TIENE SANGRIENTA BATALLA Y
ES DESBARATADO; DESPÉÑASE UN CABALLO Y LE ANTECOJE,
Y MUERE DEL GOLPE; LLEGA A GUADALAJARA SOCORRO DE
MÉXICO

1.—A largas jornadas caminaba el Adelantado a socorrer la ciudad de Guadalajara; llegó a Tonalá, en donde fué recibido por los indios de Tetlán y comarcanos, sino con bailes y festejos, por estar afligidos por las muertes de sus hermanos y deudos, que perecieron en el Mixtón, a lo menos con benevolencia, mostrando el agradecimiento de que fuese a socorrerlos un hombre de tanto nombre, como en el reino tenía Alvarado, ministrándole a él y a sus soldados con abundancia, lo necesario, por haberlo así prevenido Oñate; guiáronle para el paso del río, el que había crecido, por haber sido abundantes las aguas, y en canoas en breve se hallaron de la otra banda; salió Oñate a recibirle, acompañado de la justicia y regimiento de la ciudad; saludáronse con las recíprocas y urbanas atenciones debidas, a entrambos capitanes, como que eran dos de los mayores que habían militado en ambos reinos de la Nueva España y Galicia; los vecinos y soldados manifestaron la alegría de los unos en llegar a tiempo, y la de los otros, el consuelo de hallarse socorridos: conociéronse algunos veteranos con miltones, y otros deudos y amigos; fueron hospedados todos, repartidos en la ciudad a proporción de las cortas fábricas; y el

Adelantado fué a posar a la casa de Juan del Camino, como que estaba casado con Doña Magdalena de Alvarado, deuda de dicho Adelantado.

2.—Luego aquel día, trataron los dos capitanes de lo acaecido, y se propusieron medios para el reparo: «a mí me parece; dijo el Adelantado, no se dilate el castigo: vergüenza es, que cuatro gatillos encaramados, hayan dado tanto tronido, que alboroten todo el reino: con menos gente de la que traigo, sobra para sujetarlos; no hay que esperar más». Como tenía probado su valor con los indios mexicanos, los de Guatemala y otras provincias, le pareció que ya llegaba el socorro de México, y lo confundía la gloria del vencimiento. Sonrojado Oñate, de que el Adelantado atribuyese a poca resolución, el mantenerse sin buscar a los indios, procuró desempeñarse, diciendo: «no hay que tratar de eso, señor Adelantado, pues debe creerse que todos hacen su deber en lo que es de cargo; yo he procurado cumplir con el mío y en más de diez años de Nueva Galicia, mayor dificultad tengo experimentada en conservar lo ganado, que en descubrir tierras y en vencer indios: V. S. no conoce a los de este reino de Galicia; en la Nueva España había ciudades, pueblos, fábricas, y los indios tenían bienes que defender; en la Nueva Galicia, los indios son como dice V. S., gatillos, que si de una montaña los bajamos, se encaraman en otra, se hacen fuertes y nos dejan estropeados, sin lograr presa alguna, porque de antemano mudan sus familias a riscos y quebradas, a donde sólo como gatos puede el valor darles alcance como si fueran animales de caza: dice V. S. que la brevedad conviene, y yo lo deseo, pero, hay que reparar en el tiempo, porque las aguas tienen la tierra tan cenagosa, que en los valles no es de provecho la caballería, y en los peñoles se mantienen

los indios seguros de que se les pueda entrar, y aunque a todo riesgo se les avance, no se consigue más que la gloria de desalojarlos de una sierra, y al punto se empeñolan en otra; y así, me parece será bien que V. S. descansase, pues con sólo su presencia estamos favorecidos; y ojalá y ahora nos acometieran los indios que sin duda fueran desbaratados; pero irlos a buscar en las fortalezas, es exponerse a ser vencidos; mejor es dejemos pasar el tiempo de aguas, y entonces se les podrá cortar el paso para otras sierras, y será fácil lograr el triunfo.

3.—El Adelantado, con gran resolución, dijo: «que él había de ir con su gente, sin que le acompañase soldado de la ciudad; que en cuatro días quería allanar la tierra, por convenirle embarcarse para su viaje». Hubo demandas y respuestas, y al fin quedó determinado, que el gobernador quedase en conserva de la ciudad con su gente, y el Adelantado con la suya saliese al combate con los empeñolados. «Temo suceda algún desastre, señor Adelantado, por no aguardar V. S. mejor tiempo y el socorro de México» (dijo Oñate); y el Adelantado se fué parando y diciendo: «ya está echada la suerte: en el nombre de Dios, a marchar amigos, cada uno haga su deber, pues a esto venimos». Oñate hizo protestas, y mandó aprestar su gente, diciéndoles: «Dispongamos para el socorro, que discurro necesario, para los que nos lo ha venido a dar». La gente que lleva el Adelantado, la más era bisoña, sin cuyo embargo, manifestaba su esfuerzo, y alababan la determinación de emprender el Adelantado por si solo allanar la tierra, dejando descansar a los sitiados de tanto trabajo, como el que habían tenido. Llegaron al Peñol de Nochistlán, reconocióse la fortaleza, y se halló murada con siete albarradas a mano, sin portillo al-

guno; y desmontando del caballo e Adelantado dijo: «esto ha de ser así», y al punto todos le siguieron con espada y rodela en mano, dejando los caballos al pie del peñol en poder de los indios amigos, y de algunos escolteros; y al punto fué tanta la piedra manual que arrojaron acompañada de flechas y dardos, que a no retirarse Alvarado y los suyos, quedarán cubiertos de ellas; pues fué tanta, que la primera albarrada quedó destruída, y mudada en acerbos de piedra más adelante, como que en dicha primera albarrada habían los indios recojido para munición cuanta piedra les pareció a propósito, y mientras los indios resentían por donde eran combatidos, a millares bajaban por ambos cuernos en proporcionada distancia, e iban en el llano formando una media luna para encorralar a los nuestros.

4.—Conoció el Adelantado, como diestro, el riesgo, y así, volviendo a montar, formalizó su retirada, desistiendo de su primer intento; y quién antes emprendió la ofensiva guerra, tuvo a buena suerte a poco rato, retirarse defendiéndose; y viendo en lo llano multitud de indios, determinó romperles con el esfuerzo que otras veces, en mayor multitud, lo había conseguido en la Nueva España, más al mismo tiempo, advirtió mayor peligro que del que había salido, por los muchos cardones, magueyes, y lo peor, por los dilatados pantanos y ciénagas que en aquellos llanos había; y así, no eran los soldados señores de los caballos, porque en los atolladeros perecían, por lo que procuró el Adelantado, con gran valor y esfuerzo, sacar su campo. Los indios conocieron la retirada, y salieron al alcance hasta las mujeres y muchachos, alentados con la presa que conseguían de soldados que quedaban en los pantanos imposibilitados de moverse: así pereció a vista de todos, un pobre llamado Juan de

Cárdenas, quien sacaba un pie del atolladero, se le quedaba el otro más arraigado, y esforzándose otros a socorrerle, quedaron del mismo modo, por lo que tomó el Adelantado (desmontado del caballo), hacer rostro a los indios, mientras que los nuestros, por donde hallaban más tiesa la tierra podían salir; y cuando con grandes trabajos habían caminado tres leguas y salieron a tierra tiesa, cesaron los indios de seguir al alcance; y sin embargo, un soldado llamado Baltasar de Montoya, natural de Sevilla (escribano del ejército de Alvarado, y que después lo fue del cabildo en Guadalajara muchos años, y murió de ciento cinco), iba de fuga en un caballo cansado, y subiendo una cuesta, espoleaba por adelantarse, temiendo, si se les daba alcance, peligrar; y el Adelantado iba a pie en la retaguardia, porque siempre por defender a los suyos, ocupaba el lugar mas peligroso; y viendo la fatiga del soldado, le dijo: «sosegaos, Montoya, que parece que los indios nos han dejado»; mas el miedo que había concebido de que su caballo se le estancara, le hacía espolearle más, por salir del riesgo, y se le fueron pies y manos al caballo, y dando vueltas por la cuesta, antecogió al Adelantado, dándole tal golpe, que lo dejó sin movimiento. Volvieron los soldados a socorrerle, y luego conocieron el grave peligro en que hallábase su general; y como los indios que habían seguido el alcance, vieron la suspensión de su fuga, se esforzaron al seguimiento, y en medio de sus fatigas volvió el Adelantado, diciendo: «no es bien que los indios conozcan mi peligro», y quitándose las armas, y principalmente aquéllas que lo distinguían de los demás capitanes, se las dió a uno de ellos con su bastón, diciéndole saliese a donde los indios le viesan, y que le imitase, pues de él fiaba; y volviendo a los demás, les ordenó se esforzasen a re-

sistir aquel avance, que ya lo hecho no tenía remedio, que aquello merecía quien llevaba consigo tales hombres como Montoya. Preguntóle uno de sus capitanes qué le dolía, a que respondió «el alma: llévenme a donde la cure con la resina de la penitencia»; luego aderezaron un pavés, y le llevaron a un pueblo llamado Atenguillo, cuatro leguas del de Yagualica, pueblo inmediato, a donde acaeció la desgracia, y fué el día veinticuatro de junio de mil quinientos cuarenta y uno.

5.—Viendo los indios que los nuestros les arrosaban, desistieron y se retiraron a su peñol; y en el tiempo que todo pasaba, había estado el gobernador Cristóbal de Oñate, desde un montecillo distante, observando lo que pasaba; y viendo el desbarato entre dudoso y resuelto, de si el Adelantado tendría a bien que fuese a socorrerle, se determinó, y por prisa que se dió en buscar por donde bajar a incorporarse con el ejército, con cuatro soldados que le acompañaban, sólo puedo llegar a Yagualica en donde se le dió noticia del miserable estado en que llevaban al Adelantado para Atenguillo. Ya se deja entender la pesadumbre y celeridad con que trató de ir en su seguimiento, en cuyo camino tuvo extensa noticia del acaecimiento, y del desbarato en el que habían perecido treinta soldados, y algunos más indios amigos. Llegó a Atenguillo, y puéstose en presencia del Adelantado, se miraron ambos enternecidos, y Oñate le echó los brazos sin que en tan largo espacio de tiempo pudiesen hablarse, causando ternura a todos. Y prorrumpió el Adelantado: «¿qué remedio hay, amigo? Curar el alma es lo que ahora conviene; quien no quiso creer a buena madre crea mala madrastra; yo tuve la culpa en no tomar consejo de quien conocía la gente y tierra;

mi desventura fué traer un soldado tan vil como Montoya, con quien me he visto en muchos peligros por salvarle, hasta que con su caballo y poco ánimo, me ha muerto. Sea Dios loado; yo me siento muy malo y mortal; por Dios, que con brevedad me lleven a la ciudad para ordenar mi alma». Condujéronle, y Oñate fué por delante a disponer lo conveniente para su curación; y habiendo encontrado al Br. D. Bartolomé Estrada, que con seis soldados iba a confesar al Adelantado, le encargó la brevedad, porque temía muriese en el camino; y una legua antes de entrar a la ciudad, llegó al pavés dicho cura a saludarle, y viéndole Alvarado, le dijo: «sea bien llegado, señor, para el remedio de una alma tan pecadora; ya no se perderá con el favor de la Divina Misericordia»; y sin más razón, mandó parar el pavés debajo de unos pinos, en donde se confesó con muestras de grande arrepentimiento, y mandó le llevasen; y al cura rogó no se quitase de su lado, y de cuando en cuando, en el camino se reconciliaba con muchas lágrimas.

6.—Llegó a la ciudad, en donde le salieron a recibir hombres y mujeres con llanto, especialmente su sobrina doña Magdalena, en cuya casa fué asistido de todo el lugar; se le administraron los Sacramentos, y ordenó su testamento cerrado ante Diego Hurtado de Mendoza, escribano público, al que también se autorizó por Baltasar de Montoya, escribano de su armada, y firmaron como testigos D. Luis de Castilla, Fernando Flores, Francisco de Cuéllar, Alonso Luján y Juan Mendes de Sotomayor; mandó que si muriese, volviesen sus capitanes la armada a Guatemala, y la entregasen a su mujer, Doña Beatrice de la Cueva, mandó que los capitanes de las fronteras de Tzapotlán, Autlán, Etzatlán y Chapala, no

las desamparasen, hasta que el señor virrey D. Antonio de Mendoza lo mandase, y que en el interín no desamparasen la tierra; ordenó que su cuerpo se depositase en aquella parroquial, de donde le trasladasen al convento de Tiripitio (que es de religiosos agustinos de la provincia de Michoacán), de donde fuese llevado al convento de Santo Domingo de México; nombró por sus albaceas al Illmo. señor D. Francisco Marroquín, obispo de Guatemala (con quien tenía comunicadas sus cosas), y a don Juan Alvarado, vecino de México, que después fué religioso agustino en aquella provincia, y murió con opinión de santidad.

7.—Despidióse el Adelantado de todos para morir, y a Oñate dijo: «he cumplido, señor, la palabra que os dí, de que primero me faltaría la vida que desampararse el reino; y ya se abrevia mi partida; ahora es tiempo, dijo al cura, de que usted no me deje»; pidió perdón a todos y abrazado con un Santo Cristo, expiró el día cuatro de julio de dicho año de cuarenta y uno, habiendo un día antes, según dice el Padre Tello, siguiendo a otros, llovido sangre en Toluca. Fué su muerte llorada, no sólo de sus soldados, sino de todos los de la ciudad, hombres y mujeres, por sus prendas y porque por socorrerles perdió la vida; enterróse en la iglesia, a la mano izquierda, en una capilla de Nuestra Señora, y después, a su tiempo, se hicieron las traslaciones que ordenó de su cuerpo a Tiripitio, a México y a Guatemala, en donde yacen los huesos de tan heroico capitán. Unos dicen murió hacia el puerto de la Navidad, cerca de un pueblo nombrado Pochitlián o Xuchitlán de que no hay memoria; y parecido a este pueblo en el nombre, hay otro cerca de Atenguillo, de que pudo nacer la equivocación.

ción, por haber sido el puerto de la Navidad a donde arribó la armada de dicho Alvarado, y dista setenta lenguas de una a otra parte. La otra opinión es de que murió en Etzatlán, entre Guadalajara y Compostela, y que la desgraciada muerte de un caballo, había sido en el cerro de Mochitiltic; y el fundamento nace, de que en este paraje cayó de un caballo en otra batalla anterior, el licenciado Diego Pérez de la Torre, gobernador del reino de la Galicia, quien no se enterró en Etzatlán sino en Tetlán, como ya vimos. Ya he referido por menor hasta los testigos del testamento otorgado por el Adelantado Alvarado, por fundamentar lo cierto, que he constado de los archivos de la ciudad de Guadalajara.

8.—Al mismo tiempo, el virrey D. Antonio de Mendoza dispuso el remitir cincuenta soldados de socorro, a cargo del capitán Juan de Muncibay, todos de a caballo; y antes que llegasen, hubo en la ciudad de Guadalajara algunos debates entre los pocos soldados de la ciudad y los de Alvarado, porque como éstos vieron que el teniente de gobernador, Cristóbal de Oñate, se había subordinado al Adelantado, quisieron disponer en cosas de la guerra su arbitrio, y Oñate, con prudencia y también con resolución, les dijo: «que de una vez se determinasen, o a quedarse en la ciudad o a volverse; pero que de quedarse, estuvieran en la inteligencia de que él había de gobernar, a cuya proposición a una voz dijeron se irían, porque en la Galicia, sólo podía esperarse gran peligro y poca medida; así lo hicieron, excepto doce, que atraídos del buen estilo del dicho Oñate, fueron de parecer contrario, por lo que me ha parecido conveniente no omitir sus nombres, y fueron: Antonio de Aguilar,

Diego Delgadillo, Juan Bellocillo, Juan Cantoral, Francisco y Diego Bastidor, Cristóbal de Estrada, Alonso de Vera, Juan de Virierso y su hijo Tomás, Pedro Rodríguez y Pedro de Céspedes que con los vecinos compusieron el número de treinta y cinco soldados. Luego despachó correo al virrey, dándole noticia de la muerte de Alvarado; de la resolución de sus soldados; del número con que se hallaba; y le suplicó mandase que los de las fronteras no se fuesen, como pretendían, porque con sólo mantenerse daban socorro y bastaba para que los pueblos que estaban de paz, se conservasen en ella. Llegó Muncibay a Guadalajara con cincuenta de a caballo, con cuyo socorro se mitigó el desconsuelo de la ida de los otros. Llegó la triste nueva de la muerte de Alvarado a México, y de cómo los indios quedaban más soberbios por las victorias que contaban, y cómo iba cogiendo más cuerpo el alzamiento. Causó gran sentimiento a los que conocían al Adelantado, y se extendía a los que por noticias y buen nombre sabían su valor y esfuerzo, y aún entre los indios causó novedad que les inquietaba, porque decían que era muerto el hijo del sol,* y que si los toches y caxcanes (villanaje de los mexicanos, que por rústicos dejaron sus antepasados en los valles de Xupilipa, Tlaltenanco, Teocualtichi, Teul y Nochistlán), había muerto al que tenían por inmortal; ellos que habían sido valientes guerreros, quedaban mal si no consumían a los españoles y más cuando ya por experiencia iba saliendo cierto el buen anuncio del calabazo, pues tantas victorias iban

* Una antigua leyenda o tradición india identificaba a Alvarado como el *Tonatiuh* o hijo del sol, por su cabello, rubio, su tez blanca, su prestancia física y el valor que se le atribuía. (N. de la E.)

teniendo, y este rumor hubiera cogido cuerpo, si el virrey, con el motivo de socorrer a la Galicia, no hubiera puesto en arma a todo México, lo que fué bastante (con otras prudentes providencias), para aquietar los ánimos de los indios de la Nueva España.



**NOTICIA DE LA MUERTE DE ALVARADO
EN GUATEMALA, SEGUN EL CRO-
NISTA ANTONIO DE FUENTES
Y GUZMAN***

* Esta *Noticia* corresponde al Capítulo vii, libro cuarto, Tomo I de *Recordación Florida* que formará el Volumen 9 de la *Biblioteca de Cultura Popular 20 de Octubre*. (N. de la E.)



DE LAS GRANDES DEMOSTRACIONES DE SENTIMIENTO QUE
SE HICIERON EN ESTOS REINOS DE LAS INDIAS OCCIDENTA-
LES POR LA MUERTE DEL ADELANTADO D. PEDRO DE ALVA-
RADO, Y LA NOTICIA QUE DE ESTA DESGRACIA VINO A ESTA
CIUDAD DE GOATHEMALA

La falta de hombres heroicos se hace sentir de los menos interesados¹ ; pues cuánto más se haría lugar en los corazones de todos la del Adelantado D. Pedro de Alvarado, en cuya vida consistía el apoyo de los propios y más cercanos, sino de los más distantes y casi extraños? Pues no se reconocía, en lo nuevamente descubierto, región alguna donde no le apellidasen amigo; porque si en México el virrey don Antonio de Mendoza lo era muy estrecho, con tanta máquina de caballeros y compañeros suyos de D. Pedro, conquistadores de aquel Reino, que habían gozado de cerca y por dilatado tiempo de la blandura y lealtad de su trato; porque le tenían unos por amigo, otros por superior, a quienes en varias ocasiones había mandado; muchos le tenían en aquella grande república en lugar de hermano, consis- tiendo en la suma liberalidad de D. Pedro sus socorros, y aun el Virrey de aquel reyno le llamaba hermano, como se verifica de su carta del aviso de su muerte.² Pues en el Perú, no menos que en México, le lloraron muchos dependientes de la con-

¹ Bernal Díaz—Cap. 204, original borrador.

² Garzilaso—Lib. 2º—Cap. 16.

fianza de su verdadera amistad, como Pizarro y Almagro, y no menos, si con más razón que todos, aquellos caballeros que, yendo en su armada el año de 1534, se quedaron a fundar la ciudad de *Los Reyes* y la de *Quito* y la de *Puerto Viejo*; celebrando en ambos Reinos suntuosas exequias por el descanso eterno de su alma como verdaderos amigos, cuya voluntad y fineza pasa más allá de la muerte; que aunque selló, con la fría y pesada losa del sepulcro, el noble cadáver de este héroe, pero no borrará el tiempo la fama y crédito de su nombre, por más que ladre la envidia y haya evaporado alientos envenenados a la fácil creencia de autores apasionados.

Pero aunque el general sentimiento embargó los corazones de tantos amigos, y allegados de D. Pedro en aquellos dos Reinos, contrapesó a todos el verdadero desconsuelo y prolijo llanto de esta ciudad de Goathemala; a donde, no habiendo alguno que no esperase como padre, les llegó la noticia de su fatal desgracia y acelerada muerte, por disposición del virrey D. Antonio de Mendoza, por medio de esta carta, a la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros de Goathemala, recibida en 29 de Agosto de 1541.³

[*Aquí sigue la carta del Virrey de la Nueva España D. Antonio de Mendoza que el 15 de julio de 1541 escribe desde México al Ayuntamiento de Guatemala, notificándole la muerte de Alvarado. Dicha carta se reproduce al final de este libro en la parte dedicada a Cartas antiguas escritas en la Ciudad de Goathemala, página 107.*]

³ Lib. 2º de Cabdo.—f. 205.

Mas como quiera que las penas que son de tanta monta no dejan tan libre el discurso de los hombres más entendidos, al recibo de esta carta no se trató de otra cosa que no fuese de solicitar alivios al inconsolable corazón de la noble y generosa doña Beatriz de la Cueva; cumpliendo esta ciudad con las políticas cortesánias que debía a tan respetuosa y excelente persona; dándole muchas asistencias, llenas de veneración y respeto, a que no menos atendía el reverendo y venerable Obispo, como en celebrar honras por el difunto héroe, con todo el aparato, y pompa de fúnebre demostración que permitía lo primitivo de aquellos tiempos, y no escaseando el gasto de aquel sufragio en cosa alguna que pudiera echarse menos, ni en que la solicitud de verdaderos amigos y súbditos de tan singular capitán escatimase ejecución alguna a la fineza.

Pero corriendo el tiempo, y desahogando más el fervor del sentimiento que asistía a todos los moradores de esta república de Goathemala, discurriendo ser inexcusable que hubiese persona que se encargase del gobierno de la tierra, se juntó el Cabildo, justicia y regimiento a conferir este punto de tanta gravedad; pero cómo quiera que en el licenciado D. Francisco de la Cueva estuviese bien colocado este cargo, y toda la república bien hallada con su gobierno, y se considerase que una ciudad que era cabeza de sus provincias y que este gobierno era separado del de México, y el gobernador de Goathemala sin dependencia con aquél, inmediato a la Real persona, y que queriéndose el virrey de México introducir al gobierno, espinado el Cabildo de aquella cláusula de su carta que dice, hablando de la persona de D. Francisco de la Cueva, *«le tendréis por tal gobernador, y así os lo encargo y mando»*; discurrió en el modo de cómo, no dando consentimiento

al parecer del Virrey, se haría de modo que D. Francisco de la Cueva no quedase desdeñado, antes sí con el gobierno, sin que recayese el nombramiento en su persona; en cuya trama y disposición no tuvo menos parte el reverendo Obispo. Y así, se dió un corte de buen garbo, en que se cumplía en todo, siendo de parecer el alcalde ordinario Cristóbal de Salvatierra, Antonio de Salazar, el comendador Francisco Zorrilla, Francisco López, Juan Pérez Dardón y Bartolomé Marroquín, que se encomendase el gobierno a doña Beatriz de la Cueva, viuda del Adelantado y hermana de D. Francisco de la Cueva, para que lo obtuviese en nombre de Su Majestad hasta que otra cosa mandase.⁴ Y aunque fué de contrario sentir Gonzalo Ortiz, alcalde ordinario, no contradiciendo ni apelando, prevaleció el mayor número de los votos; y saliendo del ayuntamiento se encaminó el Cabildo al palacio de doña Beatriz de la Cueva a hacerle saber lo acordado, a que la ilustre matrona, rindiendo gracias a la ciudad por el nombramiento hecho en ella de gobernadora del Reino, dijo que lo aceptaba, con el celo y ánimo de servir a Su Majestad en ella; y en presencia del reverendo Obispo de esta iglesia, de D. Francisco de la Cueva y otros caballeros, hizo la aceptación y juramento en el mismo día 9 de septiembre de 1541 años; y en el mismo día otorgó fianzas para la gobernación y residencia, y fueron sus fiadores el comendador Francisco Zorrilla, Juan Pérez Dardón y Antonio de Salazar. Mas aunque dice Fr. Antonio de Remesal, que donde está la firma de doña Beatriz que dice: *La sin ventura doña Beatriz*,* también

⁴ Lib. 2º de Cabdo.—f. 205 v.

* Después de la muerte de Alvarado quedó tan inconsolable y triste su viuda, Da. Beatriz de la Cueva, que en adelante se la conoció por *la sin ventura*. (N. de la E.)

manifestó su desesperación y dolor, porque entintó la firma con un borrón de tinta.⁵ Se conoce que el P. Remesal no vió este libro de Cabildo, y si lo vió fué ciego de pasión contra el crédito de esta ilustre matrona, porque muy desapasionado conociera, no ser cosa del propósito ni intención de doña Beatriz, sino muy del acaso y de la contingencia, por accidente de menearse el bufete o temblarle con inquietud el pulso, ocupada del pudor y la vergüenza, que aun a un hombre muy desenfadado le asistiera en acto tan grave; porque es un rasgo que corre desde la letra *ene* hasta el fin, más no por todo lo escrito de su mano, como puede verse en el fol. 207 del lib. II, vuelto, y de allí se tuerce el rasgo y corre entre los dos renglones de la firma. Pero reconociendo la Gobernadora que el sexo le impedía muchas ejecuciones del gobierno, y quizá teniendo parte en la intención del Cabildo, hizo renunciación del gobierno en el licenciado D. Francisco de la Cueva, su hermano; y aunque este nombramiento hecho en doña Beatriz, le han murmurado algunos caballeros de España, ignorando el ánimo del Cabildo, y que sólo lo obtuvo esta gran señora el limitado término de un día, fisgando, ignorantes, de esta resolución, y pareciéndoles que para los que nacimos acá es materia de mucho pudor el que una mujer heroica gobernase un día este Reino; pero reurte contra ellos el eco vehemente del golpe, pues los que gobernaron los discursos, y efectos de aquel consejo, caballeros eran de España, paisanos suyos, y ningún criollo como nos llaman, y que aquellos prudentes y grandes hombres mirarían con atento desvelo, materia y punto de tanto peso, y que seguirían, sin duda, tantos ilustres ejemplares de las antiguas his-

⁵ Lib. 2º de Cabdo.—f. 207 v.

torias. Pues el dilatado Reino de Francia, se gobernó por la Reina regente Catalina de Médicis, lo que duró, con duras y sangrientas atrocidades, la vida de cuatro hijos menores: Flandes, en medio de tantas alteraciones, fué gobernado por la Duquesa de Parma: Inglaterra, por la bastarda intrusa Isabel, que aunque contaminada de religión corrompida, el don excelente de gobierno y máxima de estado la mantuvo sin quiebras en el Reino; y ahora, nuevamente, vemos este ejemplar practicado en nuestra España, gobernada en la menor edad de nuestro gran monarca Carlos II por la Reina tutriz doña Mariana de Austria. Y si en tan antiguos reinos, a donde sobran hombres, y hombres que llaman grandes, gobernaron mujeres, aunque mujeres tan altas, ¿qué mucho que en Goathemala, Reino recién fundado, gobernara una mujer que no era de la menor esfera? Y más que México y Lima podrá Goathemala contar, entre sus blasones, lo que las monarquías de Francia, Inglaterra, España y Flandes, a quienes gobernó y mantuvo el gobierno de mujeres; siendo ejemplar en nuestras Indias occidentales, este accidente glorioso de Goathemala que, desde el principio de su infancia, empezó a correr parejas de grandeza con las mayores monarquías de Europa. Y, en fin, a veces es mejor ser gobernado de una mujer heroica, que de un hombre cobarde y flaco.



La quarta relacion q̄ Fernãdo cortes gouer
nador y capitan general por su magestad en la
nueva España el mar oceano embto al muy
alto y muy potentissimo inuictissimo señor
don Carlos emperador semper angusto y
rey de España nuestro señor en la qual estan
otras cartas y relaciones que los capitanes
Pedro de aluvarado y Diego godoz embia
ron al dicho capitan Fernãdo cortes.



Muerte de D. Pedro de Alvarado: Dibujo de la lámina 144 del Códice azteca, que en la Biblioteca del Vaticano lleva el número 3738, y parece ser copia de la página 46 del *Telleriano Remense*.

Explicación: 1—Símbolo del año *Diez Casas* (1541); 2, campo en que crece la tuna, *nuctli*, *Nuctitlán*; 3, albarradas de piedra; 4, río que circunda el campo; 5, personificación del ejército español; 6, plaga de ratones que produjeron el hambre en la comarca; 7, 8 y 9; simbolizan la acción del bautismo por un clérigo; 10, la persona de don Pedro de Alvarado, cayendo; 11, su símbolo, *Tonatiuh*, o sol, como se le decía al Adelantado.

CARTAS DE RELACIÓN DE ALVARADO A CORTÉS*

* Las dos cartas relaciones que siguen, escritas por don Pedro de Alvarado a Hernán Cortés, fueron publicadas en Toledo en 1525. En esta misma edición el lector encontrará una reproducción facsimilar del comienzo de la primera carta-relación y del final de la segunda, así como de la portada de la edición de 1525. (N. de la E.)

Facsimile of the signature of Pedro de Alvarado.

Facsimile de la firma de Pedro de Alvarado.

RELACIÓN

HECHA POR PEDRO DE ALVARADO A HERNANDO CORTÉS, EN QUE SE REFIEREN LAS GUERRAS Y BATALLAS PARA PACIFICAR LAS PROVINCIAS DE CHAPOTULÁN¹, CHECIALTENANGO² Y UTATLÁN, LA QUEMA DE SU CACIQUE, Y NOMBRAMIENTO DE SUS HIJOS PARA SUCEDERLE, Y DE TRES SIERRAS DE ACIJE, AZUFRE Y ALUMBRE

Señor: de Soconusco escribí a vuestra merced todo lo que hasta allí me había sucedido, y aun algo de lo que se esperaba ver adelante; y después de haber enviado mis mensajeros a esta tierra, haciéndoles saber cómo yo venía a ella a conquistar y pacificar las provincias que so el dominio de su majestad no se quisiesen meter, y de ellos como a sus vasallos, pues por tales se habían ofrecido a vuestra merced, les pedía favor y ayuda por su tierra, que haciéndolo así, que harían como buenos y leales vasallos de su majestad, y que de mí y de los españoles de mi compañía serían muy favorecidos y mantenidos en toda justicia; y donde no, que protestaba de hacerles la guerra como a traidores rebelados y alzados contra el servicio del Emperador nuestro señor, y que por tales los daba; y demás de esto, daba por esclavos a todos los que a vida se tomasen en la guerra; y después de hecho todo esto y despachados los mensaje-

¹ Zacatula.

² Quetzaltenango.

ros de sus naturales propios, yo hice alarde de toda mi gente de pie y de caballo; y otro día, sábado mañaná, me partí en demanda de su tierra, y anduve tres días por un monte despoblado, y estando asentado real, la gente de velas, que yo tenía puestas, tomaron tres espías de un pueblo de su tierra llamado Zapotulán; a los cuales pregunté a qué venían, y me dijeron que a coger miel, aunque notorio fué que eran espías, según adelante pareció, y no obstante todo esto, yo no los quise apremiar, antes los halagué, y les di otro mandamiento y requerimiento como el de arriba, y los envié a los señores del dicho pueblo, y nunca a ello ni a nada me quisieron responder; y después de llegado a este pueblo, hallé todos los caminos abiertos y muy anchos, así el real como los que atravesaban, y los caminos que iban a las calles principales tapados; luego juzgué su mal propósito, y que aquello estaba hecho para pelear, y allí salieron algunos de ellos a mí enviados, y me decían desde lejos que me entrase en el pueblo a aposentar para más a su placer darnos la guerra, como la tenían ordenada, y aquel día asenté real allí junto al pueblo hasta calar la tierra, a ver el pensamiento que tenían; y luego aquella tarde no pudieron encubrir su mal propósito, y me mataron e hirieron gente de los indios de mi compañía; y como me vino el mandado, yo envié gente de caballo a correr el campo, y dieron en mucha gente de guerra, la cual peleó con ellos, y aquella tarde hirieron ciertos caballos. Y otro día fuí a ver el camino por donde había de ir, y vi, como digo, también gente de guerra, y la tierra era tan montosa de cacaguatales y arboleda, que era más fuerte para ellos que no para nosotros y yo me retraje al real, y otro día siguiente me partí con toda la gente a entrar en el pueblo, y en el camino estaba un río de mal paso, y teníanlo los indios tomado, y

allí peleando con ellos se lo ganamos; y sobre una barranca del río, en un llano, esperé la rezaga, porque era peligroso el paso y traía mucho peligro, aunque yo traía todo el mejor recado que podía. Y estando, como digo, en la barranca, vinieron por muchas partes por los montes y me tornaron a acometer, y allí los resistimos hasta tanto que pasó todo el fardaje; y después de entrados en las casas dimos en la gente, y siguióse el alcance hasta pasar el mercado y media legua adelante, y después volvimos a asentar real en el mercado, y aquí estuve dos días corriendo la tierra, y a cabo de ellos me partí para otro pueblo llamado Quezaltenango, y aqueste día pasé dos ríos muy malos, de peña tajada, y allí hicimos paso con mucho trabajo, y comencé a subir un puerto que tiene seis leguas de largo, y en la mitad del camino asenté real aquella noche; y el puerto era tan agro, que apenas podíamos subir los caballos; y otro día de mañana seguí mi camino, y encima de un reventón hallé una mujer sacrificada y un perro, y según supe de la lengua, era desafío; y yéndonos adelante, hallé en un paso muy estrecho una albarrada de palizada fuerte, y en ella no había gente ninguna, y acabado de subir el puerto llevaba todos los ballesteros y peones delante de mí, porque los caballos no se podían mandar, por ser fragoso el camino. Salieron obra de tres o cuatro mil hombres de guerra sobre una barranca, y dieron en la gente de los amigos y retrajéronla abajo, y luego los ganamos; y estando arriba recogiendo la gente para rehacerme, vi más de treinta mil hombres que venían a nosotros, y plugo a Dios que allí hallamos unos llanos, y aunque los caballos iban cansados y fatigados del puerto, los esperamos, hasta tanto que llegaron a echarnos flechas y rompimos en ellos; y como nunca habían visto caballos, cobraron mucho temor, e

hicimos un alcance muy bueno, y los derramamos, y murieron muchos de ellos, y allí esperé toda la gente, y nos recogimos, y fuíme a aposentar una legua de allí a unas fuentes de agua, porque allí no la teníamos, y la sed nos aquejaba mucho; que según íbamos cansados, donde quiera tomáramos por buen asiento; y como eran llanos, yo tomé la delantera con treinta de caballo, y muchos de nosotros llevábamos caballos de refresco, y toda la gente demás venía hecha un cuerpo, y luego bajé a tomar el agua. Estando apeados bebiendo, vimos venir mucha gente de guerra a nosotros, y dejámosla llegar, que venían por unos llanos muy grandes, y rompimos en ellos, y aquí hicimos otro alcance muy grande, donde hallamos gente que esperaba uno de ellos a dos de caballo, y seguimos el alcance bien una legua, y llegábanse nos ya a una sierra, y allí hicieron rostro, y yo me puse en huída con ciertos de caballo, por sacarlos al campo, y salieron con nosotros hasta llegar a las colas de los caballos, y después que me rehice con los de caballo, di vuelta sobre ellos, y aquí se hizo un alcance y castigo muy grande: en esta murió uno de los cuatro señores de esta ciudad de Utlatán, que venía por capitán general de toda la tierra, y yo me retraje a las fuentes, y allí asenté real aquella noche, harto fatigados, y españoles heridos, y caballos; y otro día de mañana me partí para el pueblo de Quezaltenango, que estaba una legua, y con el castigo de antes le hallé despoblado, y no persona ninguna en él, y allí me aposenté y estuve reformándome y corriendo la tierra, que es tan gran población como Tascalteque,³ y en las labranzas ni más ni menos, y fríisima en demasía; y al cabo de seis días que había que estaba allí, un jueves a mediodía asomó mucha multitud de

³ Tlaxcala (México).

gente en muchos cabos, que según supe de ellos mismos eran de dentro de esta ciudad doce mil, y de los pueblos comarcanos, y de los demás dicen que no se pudo contar; y desque los vi, puse la gente en orden, y yo salí a darles la batalla en la mitad de un llano que tenía tres leguas de largo, con noventa de caballo, y dejé gente en el real que le guardase, que podría ser un tiro de ballesta del real no más, y allí comenzamos a romper por ellos, y los desbaratamos por muchas partes, y les seguí el alcance dos leguas y media, hasta tanto que toda la gente había rompido, que no llevaba ya nada por delante, y después volvimos sobre ellos, y nuestros amigos y los peones hacían una destrucción la mayor del mundo, en un arroyo, y cercaron una sierra rasa, donde se acogieron, y subiéronles arriba y tomaron todos los que allí se habían subido. Aqueste día se mató y prendió mucha gente, muchos de los cuales eran capitanes y señores y personas señaladas, y desde que los señores de esta ciudad supieron que su gente era desbaratada, acordaron ellos y toda la tierra, y convocaron muchas otras provincias para ello, y a sus enemigos dieron parias y los atrajeron, para que todos se juntasen y nos matasen, y concertaron de enviarnos a decir que querían ser buenos, y que de nuevo daban la obediencia al Emperador nuestro señor, y que me viniese dentro a esta ciudad de Utlatlán, como después me trajeron, y pensaron que me aposentarían dentro, y que después de aposentados, una noche darían fuego a la ciudad, y que allí nos quemarían a todos, sin podérselo resistir, como de hecho llegaron a poner en efecto su mal propósito, sino que Dios nuestro Señor no consiente que estos infieles hayan victoria contra nosotros, porque la ciudad es muy fuerte en demasía, y no tiene sino dos entradas, la una de treinta y tantos escalones la piedra muy alta,

y por la otra parte una calzada hecha a mano, y mucha parte della ya cortada, para aquella noche acabarla de cortar, porque ningún caballo pudiera salir a la tierra, y como la ciudad es muy junta y las calles muy angostas, en ninguna manera nos pudiéramos sufrir sin ahogarnos, o por huir del fuego despenarnos. Y como subimos, que yo me vi dentro, y la fortaleza tan grande, y que dentro de ella no nos podíamos aprovechar de los caballos, por ser las calles tan angostas y encaladas, determiné luego de salirme de ella a lo llano, aunque para ella los señores de la ciudad me lo contradecían, y me decían que me asentase a comer, y que luego me iría, por tener lugar de llevar a efecto su propósito; y como conocí el peligro en que estábamos, envié luego gente delante a tomar la calzada y puente para tomar la tierra llana, y estaba ya la calzada en tales términos, que apenas podía subir un caballo, y al derredor de la ciudad había mucha gente de guerra; y como me vieron pasado a lo llano, se arredraron no tanto, que yo no recibí mucho daño de ellos, y yo lo disimulaba todo, por prender a los señores que ya andaban ausentados; y por mañas que tuve con ellos, y con dádivas que les dí para más asegurarme, yo los prendí, y presos los tenía en mi posada, y no por eso los suyos dejaban de me dar guerra por los alderredores, y me herían; mataban muchos de los indios que iban por yerba; y un español cogiendo yerba a un tiro de ballesta del real, de encima de una barranca le echaron una galga y lo mataron; y es la tierra tan fuerte de quebradas, que hay quebradas que entran doscientos estados de hondo, y por estas quebradas no pudimos hacerles la guerra, ni castigarlos como ellos merecían; y viendo que con correrles la tierra y quemársela yo los podría traer al servicio de su majestad, determiné de quemar a los señores, los

cuales dijeron al tiempo que los quería quemar, como parecerá por sus confesiones, que ellos eran los que me habían mandado dar la guerra y los que la hacían, y de la manera que habían de tener para me quemar en la ciudad, y con ese pensamiento me habían traído a ella, y que ellos habían mandado a sus vasallos que no viniesen a dar la obediencia al Emperador nuestro señor, ni sirviesen, ni hiciesen otra buena obra. Y como conocí de ellos tener tan mala voluntad al servicio de su majestad, y para el bien y sosiego de esta tierra, yo los quemé, y mandé quemar la ciudad y poner por los cimientos; porque es tan peligrosa y tan fuerte, que más parece casa de ladrones que no de pobladores; y para buscarlos, envié a la ciudad de Guatemala, que está a diez leguas de ésta, a decirles y requerirles de parte de su majestad que me enviasen gente de guerra, así para saber de ellos la voluntad que tenían como para atemorizar la tierra; y ella fué buena y dijo que la placía, y para esto me envió cuatro mil hombres, con los cuales y con los demás que yo tenía, hice una entrada, y los corrí y eché de toda su tierra. Y viendo el daño que se les hacía, me enviaron sus mensajeros, haciéndome saber cómo ya querían ser buenos, y si habían errado, que había sido por mandado de sus señores, y que siendo ellos vivos no osaban hacer otra cosa; y que pues ya ellos eran muertos, que me rogaban que los perdonase, y yo les aseguré las vidas, y les mandé que se viniesen a sus casas y poblasen la tierra como antes; los cuales lo han hecho así, y los tengo al presente en el estado que antes solían estar, en servicio de su majestad; y para más asegurar la tierra, solté dos hijos de los señores, a los cuales puse en la posesión de sus padres, y creo harán bien todo lo que convenga al servicio de su majestad y al bien de esta tierra. Y cuanto toca a esto de la

guerra, no hay más que decir al presente, sino que todos los que en la guerra se tomaron, se herraron y se hicieron esclavos, de los cuales se dió el quinto de su majestad al tesorero Baltasar de Mendoza; el cual quinto se vendió en almoneda, para que más segura esté la ceta de su majestad.

De la tierra hago saber a vuestra merced que es templada y sana, y muy poblada de pueblos muy ricos, y esta ciudad es bien obrada y fuerte a maravilla, y tiene muy grandes tierras de panes, y mucha gente sujeta a ella, la cual, con todos los pueblos a ella sujetos y comarcanos, dejo so el yugo y en servicio de la corona real de su majestad. En esta tierra hay una sierra de alumbre y otra de acijé, y otra de azufre. El mejor que hasta hoy se ha visto, que con un pedazo que trajeron sin afinar ni sin otra cosa, hice media arroba de pólvora muy buena; y por enviar a Argueta y no querer esperar, no envió a vuestra merced cincuenta cargas de ello; pero su tiempo se tiene para cada y cuando fuere mensajero.

Yo me parto para la ciudad de Guatémala, lunes 11 de abril, donde pienso detenerme un poco, a causa que un pueblo que está sentado en el agua, que se dice Aticlán,⁴ está de guerra, y me ha muerto cuatro mensajeros; y pienso con la ayuda de Nuestro Señor, presto lo atraeremos al servicio de su majestad; porque, según estoy informado, tengo mucho que hacer adelante, y a esta causa me daré priesa por invernar cincuenta o cien leguas adelante de Guatemala, donde me dicen, y tengo nueva de los naturales de esta tierra, de maravillosos y grandes edificios y grandeza de ciudades que adelante hay. También me han dicho que cinco jornadas adelante de una ciudad muy

⁴ En el lago Atitlán.

grande que está veinte jornadas de aquí, se acaba esta tierra, y afirmanse en ello; si es así, certísimo tengo que es el estrecho; plegue a Nuestro Señor me dé victoria contra estos infieles, para que yo los traiga a su servicio y al de su majestad. No quisiera hacer en pedazos esta relación, sino desde el cabo de todo, porque más hubiera qué decir. La gente de españoles de mi compañía de pie y de caballo lo han hecho tan bien en la guerra que se ha ofrecido, que son dignos de muchas mercedes. Al presente no tengo más que decir que de substancia sea, sino que estamos metidos en la más recia tierra de gente que se ha visto; y para que Nuestro Señor nos dé victoria, suplico a vuestra merced mande hacer una procesión en esa ciudad de todos los clérigos y frailes, para que nuestra Señora nos ayude, pues estamos tan apartados de socorro, si de allá no nos viene. También tenga vuestra merced cuidado de hacer saber a su majestad cómo le servimos con nuestras personas y haciendas y a nuestra costa; lo uno para descargo de la conciencia de vuestra merced, y lo otro para que su majestad nos haga mercedes. Nuestro Señor guarde el muy magnífico estado de vuestra merced por largo tiempo, como deseo. Desta ciudad de Utlatán, a 11 de abril.

Y según llevo el viaje largo, pienso me faltará el herraje: si para este verano que viene, vuestra merced me pudiere proveer de herraje, será gran bien, y su majestad será muy servido en ello; lo que agora vale entre nosotros ciento y noventa pesos la docena, y así la mercamos y pagamos ahora.—Beso las manos de vuestra merced.—*Pedro de Alvarado.*



RELACIÓN

HECHA POR PEDRO DE ALVARADO A HERNANDO CORTÉS, EN QUE SE REFIERE LA CONQUISTA DE MUCHAS CIUDADES, LAS GUERRAS, BATALLAS, TRAICIONES Y REBELIONES QUE SUCE-DIERON, Y LA POBLACIÓN QUE HIZO DE UNA CIUDAD; DE DOS VOLCANES, UNO QUE EXHALABA FUEGO, Y OTRO HUMO; DE UN RÍO HIRVIENDO, Y OTRO FRÍO; Y COMO QUEDÓ ALVARADO HERIDO DE UN FLECHAZO

Señor: De las cosas que hasta Utlatán me habían sucedido, así en la guerra como en lo demás, hice larga relación a vuestra merced, y ahora le quiero hacer relación de todas las tierras que he andado y conquistado, y de todo lo que me ha sucedido, y es:

Que yo, Señor, partí de la ciudad de Utlatán, y vine en dos días a esta Ciudad de Guatemala, donde fuí muy bien recibido de los señores de ella, que no pudiera ser más en casa de nuestros padres; y fuimos tan proveídos de todo lo necesario, que ninguna cosa hubo falta; y desde a ocho días que estaba en esta ciudad, supe de los señores de ella, como a siete leguas de aquí estaba otra ciudad sobre una laguna muy grande, y que aquélla hacía la guerra a ésta y a Utlatán y a todas las demás a ella comarcanas, por las fuerzas del agua y canoas que tenían, y que de allí salían a hacer salto de noche en la tierra de éstos; y como los de esta ciudad viesan el daño que de allí recibían, me dijeron cómo ellos eran buenos, y que estaban en el servicio de su majestad, y

que no querían hacerle guerra, ni darla sin mi licencia, y rogándome que los remediase; y yo les respondí que yo los enviaría a llamar de parte del Emperador nuestro señor; y que si viniesen, que yo les mandaría que no les diesen guerra ni le hiciesen mal en su tierra, como hasta entonces lo habían hecho; donde no, que yo iría juntamente con ellos a hacerles la guerra y castigarlos. Por manera que luego les envié dos mensajeros naturales de esta ciudad, a los cuales mataron sin temor ninguno. Y como yo lo supe, viendo su mal propósito, me partí de esta ciudad contra ellos con sesenta de caballo y ciento cincuenta peones, y con los señores y naturales de esta tierra, y anduve tanto, que aquel día llegué a su tierra, y no me salió a recibir gente ninguna de paz ni de otra manera; y como esto vi, me metí con treinta de caballo, por la tierra, a la costa de la laguna. Ya que llegamos cerca de un peñol poblado, que estaba en el agua, vimos un escuadrón de gente muy cerca de nosotros, y yo les acometí con aquellos de caballo que llevaba, y siguiendo el alcance de ellos, se metieron por una calzada angosta que entraba al dicho peñol, por donde no podían andar los de caballo; y allí me apeé con mis compañeros, y a pie juntamente y a las vueltas de los indios nos entramos en el peñol, de manera que no tuvieron lugar de romper puentes; que a quitarlas, no pudiéramos entrar. En este medio tiempo llegó mucha gente de la mía, que venía atrás, y ganamos el dicho peñol, que estaba muy poblado, y toda la gente de él se nos hechó a nado a otra isla, y se escapó mucha gente de ella, por causa de no llegar tan presto trecientas canoas de amigos que traían por el agua; y yo me salí aquella tarde fuera del peñol con todo mi gente, y asenté real en un llano de maizales, donde dormí aquella noche; y otro día de mañana nos encomenda-

mos a Nuestro Señor, y fuimos por la población adelante, que estaba muy fuerte, a causa de muchas peñas y ceborucos que tenía, y hallámosla despoblada; que como perdieron la fuerza que en el agua tenían, no osaron esperar en la tierra, aunque todavía esperó alguna poca de gente allá al cabo del pueblo; y por la mucha agrura de la tierra, como digo, no se mató más gente; y allí asenté real a mediodía, y les comencé a correr la tierra, y tomamos ciertos indios naturales de ella a tres de los cuales yo envié por mensajeros a los señores de ella, amonestándoles que viniesen a dar la obediencia a sus majestades y a someterse so su corona imperial, y a mí en su nombre; y desde no, que todavía seguiría la guerra, y los correría y buscaría por los montes; los cuales me respondieron que hasta entonces que nunca su tierra había sido rompida, ni gentes por fuerza de armas les habían entrado en ella; y que pues yo había entrado, que ellos holgaban de servir a su majestad, así como yo se lo mandaba; y luego, vinieron y se pusieron en mi poder; y yo les hice saber la grandeza y poderío del Emperador nuestro señor, y que mirasen que por lo pasado yo en su real nombre lo perdonaba, y que de allí adelante fuesen buenos, y que no hiciesen guerra a nadie de los comarcanos, pues que eran todos ya vasallos de su majestad; y los envié, y dejé seguros y pacíficos, y me volví a esta ciudad; y desde a tres días llegué a ella, vinieron todos los señores y principales y capitanes de la dicha laguna a mí con presente, y me dijeron que ya ellos eran nuestros amigos y se hallaban dichosos de ser vasallos de su majestad, por quitarse de trabajos y guerras y diferencias que entre ellos habían, y yo les hice muy buen recibimiento, y les dí de mis joyas, y los torné a enviar a su tierra con mucho amor, y son los más pacíficos que en esta tierra hay.

Estando en esta ciudad vinieron muchos señores de otras provincias de la costa del sur a dar la obediencia a sus majestades, y diciendo que ellos querían ser sus vasallos, y no querían guerra con nadie; y que para esto yo los recibiese por tales, y los favoreciese y mantuviese en justicia, Y yo los recibí muy bien, como era razón; y les dije que de mí en nombre de su majestad, serían muy favorecidos y ayudados, y me hicieron saber de una provincia, que se dice Izcuyntepeque, que estaba algo más la tierra adentro, cómo no les dejaba venir a dar obediencia a su majestad; y aun no solamente esto, pero que otras provincias que están de aquella parte de ella, estaban otras con buen propósito y querían venir de paz, y que aquesta no les dejaba pasar, diciéndoles que adónde iban, y que eran locos; sino que me dejasen a mí ir allá, y que todos me darían guerra. Y como fuí certificado ser así, así por las dichas provincias como por los señores de esta ciudad de Guatemala, me partí con toda mi gente de pie y de caballo, y dormí tres días en un despoblado; y otro día de mañana, ya que entraba en los términos del dicho pueblo, que es todo arboledas muy espesas, hallé todos los caminos cerrados y muy angostos, que no eran sino sendas, porque con nadie tenía contratación ni camino abierto, y eché los ballesteros delante, porque los de caballo allí no podían pelear, por las muchas ciénagas y espesura del monte; y llovía tanto, que con la mucha agua las velas y espías sujetas se retrajeron al pueblo, y como no pensaron aque aquel día llegara a ellos, descuidáronse algo, y no supieron de mi ida hasta que estaba con ellos en el pueblo, y como entré, toda la gente de guerra estaba en los cauces, por amor del agua, metidos; y cuando se quisieron juntar, no tuvieron lugar, aunque todavía esperaron algunos de ellos, y me hirieron españoles y muchos

nacion de toda la tierra e a y mas e mejor aparcio para la dicha conquista e pacificacion e para poblar lo de adelante e elegidos alcaldes ordinarios e quatro regidores segun vuestra merced alla viera por la eleccion.

¶ Pasados estos dos meses de invierno q quedan que son loomas reynos de todo saldr de la ciudad en demanda dela prouincia de Tapalan q esta quinze jornadas de aqui la tierra adentro / q segun soy informado es la ciudad tan grande como esta de Mexico y de grandes edificios y de cal y canto e azoteas: sin esta e otras muchas e quando cinco dias an venido aqui para dar la obidiençia a su majestad: e dizen q la vna de las tiene treynta mil e quinientos / no me marauillo por q legun son grandes los pueblos de esta costa q la tierra adentro aya lo que dizen. Este verano q viene plaziendo a nro señor pienso passar por estas leguas a donde de pienso su majestad sera muy seruido e su estado aumentado: e vna merced eterna noncia de otras cosas nuevas.

¶ Desde esta ciudad de Mexico basta lo q ro besndado e conquistado e quatro cien leguas. y crea vna merced q es mas poblada esta tierra e de mas gente q toda la q vuestra merced basta agora ha gouernado.

¶ En esta tierra auemos hallado vna tierra de esta vn Bolcan q es la mas espantable cosa que se ha visto q echa por la boca piedras tan grandes como vna casa ardiendo en buas llamas e quando echa se baxen pedregos e cubren toda la tierra de fuego.

¶ Adiante de esta sesenta leguas vimos otro Bolcan q becha humo muy espantable que sube al cielo / e de ancho de copas de media legua el bulso del humo. Todos los rios que de alli pendien no ay quien beua el agua porque sabe a azucar e espeçialmente viene de alli vn rio caudal muy hermoso tan ardiendo que no lo podian pasar cierta gente de mi compañía que yua a hazer vna entrada: e andando a buscar vado hallaró otro rio frio q entra en esta: e alli donde se juntaua hallaron vado deplado q lo pudieron passar. De las cosas de estas partes no aymas que baxer saber a vna merced sino q me dixé los indios q de esta mar del su. ala del norte ay vn invierno e vn verano de andadura.

¶ Vuestra merced me hizo merced dela tenençia de esta ciudad e yo la ayude a ganary la de fendi quando estaua de tro cōel peligro e trabajo q vna merced sabe: e si ouiera ydo en España / por lo q yo a su majestad he seruido me la cōfirmara e me hiziera muchas mercedes / an me dicho q su majestad la ha proueydo me marauillo pues q de mi no tiene noncia e de lo no tiene nadie la culpa sino vna merced por no auer hecho relación a su majestad dlo que yo le he seruido / pnes me embio aca suplico a vna merced le haga relación de que soy e lo que a su majestad he seruido en estas partes e donde ando e lo q nueuamente le he conquistado e lo ro uotado que tengo de le servir en lo de adelante: e de como en su seruicio me an liado de vna guerra / e quan poco sueldo hasta agora he ganado yo e los bidalgos q en mi compañía andan / e el poco proueydo q hasta agora me nos ha seguido. Esto señor prosperamente crece la vida e muy magnifico estado de vna merced por largos tiempos. De esta ciudad de Sanago a xxviii. de julio de mil e quinientos e xxiiii. años. Pedro de albarado.

Fue impressa la presente carta de relacion

en la ymperial ciudad de Toledo por Gaspar de auila.

Acabose a veynte dias del mes de Octubre.

Año del nascimiento de nuestro saluador

de Jesu christo de mil e quinien

tos e veynte e cinco

años.ii.



Cartas de relación de Alvarado a Cortés. Facsímile del final de la carta escrita en Guatemala el 27 de julio de 1524, edición de Toledo de 1525.

**Relacion hecha por Pedro de Alvarado
a Demandando cortes.**

Eñor / de son conuísco el etra a vuestra merced todo lo q̄ he feo allí me aña su c-
duo a en algo de lo q̄ se espera a auei aodáer y después de auei unido muy
mensajeros a esta tierra ha nido les saber como yo venis a ella a cōquistar y pa-
así por las pronuncias q̄ lo el domallo de su maldad no le quisiessen meter / a
ellos como a sus vassallos pueo postales se aua offecido a vta merced les pedia fauor a
ayuda y entrada por su tierra / q̄ basiendo lo así q̄ ban como buenos y leales vassallos de
su majestad y q̄ de mi y de los espaholes de mi cōpañia tenia muy fauor efados a más en do-
en toda su tierra y dōde no q̄ proechaua de bayer les la guerra como a ma y dōres reuelados
a alçados cōtra el seruicio el emperador nro señor y q̄ por tales los dāta y demas de lo v-
a por el la uos todos los q̄ a vida se tomassen en la guerra. y después de dicho todo esto y
despachados los mensajeros a sus señas propios yo bise alarde de toda mi gente de
pie y de caballo y otro día sabado de mañana me parti en demanda de su tierra a donde tres
dias por un mēte despoblado y chido a asentado a col la gēte de relas q̄ yo tenia puestas to-
marō tres espas de un pueblo de su tierra llamado capotulā a los quales preguntē q̄ a q̄ re-
nau y me dixerō q̄ a coger miel / a n q̄ notono su q̄ erā espas segū a de la se pareciere no
oñtate todo esto yo no los quise a premiar / a n q̄ a balague y les de otro mādamento y
requerimēto como el de arriba y los embie a los señores del dicho pueblo a nuna a ello m-
a nada me quisieron respōder y después de llegado a este pueblo balle todos los caminos
abiertos a muy anchos así el real como los q̄ a traucisauā a los caminos q̄ yuā a la e calles
principales tapados a luego juzgue su mal proposito y q̄ aq̄llo estaua hecho para pelear a
así salierō algunos dīllo a mi embiados y me dē a dende lexon q̄ me entrasse en el pueblo
a acofentar para maa a la plazer damos la guerra como la tenia ordenada a aq̄llos señes-
re real junto allí al pueblo hasta caer la tierra a ver el pñamento q̄ tenia a luego aq̄lla tar-
de no pudierō encubir su mal proposito y me mātō a bñerō gente dīlos yndios de mi cō-
pañia a como me vino el mādado yo mēte gēte de cauallo a cōtra el cōpo a bueron en mu-
cha gēte de guerra la qual pelear dēllos y aq̄lla tarde buerō ciertos cauallōs. E or oñta
fuy a ver el camino por donde aua de ir a ver como dīgo a bñerō gente de guerra y la tierra

*Cartas de relación de Alvarado a Cortés. Facsímile del prin-
cipio de la carta escrita en Utatlán, el 11 de abril de 1524.
Edición de Toledo de 1525.*

de los indios amigos que llevaba, y con la mucha arboleda y agua que llovía se metieron por los montes, que no tuve lugar de les hacer daño ninguno más de quemarles el pueblo, y luego les hice mensajeros a los señores, diciéndoles que viniesen a dar la obediencia a sus majestades, y a mí en su nombre; si no, que les haría mucho daño en la tierra y les talaría sus maizales; los cuales vinieron, y se dieron por vasallos de su majestad, y yo los recibí, y mandé que fuesen de ahí adelante buenos, y estuve ocho días en este pueblo, y aquí vinieron otros muchos pueblos y provincias de paz, los cuales se ofrecieron vasallos del emperador nuestro señor.

Y deseando calar la tierra y saber los secretos de ella, para que su majestad fuese más servido, y tuviese y señorease más tierras, determiné de partir de allí, y fui a un pueblo que se dice Atiepar, donde fui recibido de los señores y naturales de él, y este es otra lengua y gente por sí; y a puesta del sol, sin propósito ninguno remanesció despoblado y alzado, y no se halló hombre en todo él. Y porque el riñón del invierno no me tomase e impidiese mi camino, dejélos así, y paséme de largo, llevando todo recado en mi gente y fardaje, porque mi propósito era de calar cien leguas adelante, y de camino ponerme a lo que me viniese hasta calar a ellas, y despues dar la vuelta sobre ellos, y venir pacificándolos. Y otro día siguiente me partí, y fui a otro pueblo que se dice Tacuilula, y aquí hicieron lo mismo que los de Atiepar, que me recibieron de paz, y se alzaron desde a una hora. Y de aquí me partí y fui a otro pueblo que se dice Taxisco, que es muy recio y de mucha gente, y fui recibido como de los otros de atrás, y dormí en él aquella noche; y otro día me partí y fui a otro pueblo, que se dice Nacendelán, muy grande; y temiéndome de aquella

gente, que no la entendía, dejé diez de caballo en la rezaga, y otros diez en el medio del fardaje, y seguí mi camino; y podría ir dos o tres leguas del dicho pueblo de Taxisco, cuando supe que había salido gente de guerra, y que habían dado en la rezaga, en que me mataron muchos indios de los amigos, y me tomaron mucha parte del fardaje y todo el hilado de las ballestas, y el herraje que para la guerra llevaba, que no se les pudo resistir. Y luego envié a Jorge de Alvarado, mi hermano, con cuarenta o cincuenta de caballo, a buscar aquello que nos habían tomado, y halló mucha gente armada en el campo, y él peleó con ellos y los desbarató, y ninguna cosa de lo perdido se pudo cobrar, porque la ropa ya la habían hecho pedazos, y cada uno traía en la guerra su pampanilla de ella; y llegado a este pueblo de Nacendelán, Jorge de Alvarado se volvió porque todos los indios se habían alzado a la sierra; y desde aquí torné a enviar a don Jorge con gente de pie, que los fuese a buscar a las sierras por ver si los pudiéramos atraer al servicio de su majestad, y nunca pudo hacer nada por la grande espesura de los montes; y así, se volvió; y yo les envié mensajeros indios de sus mismos naturales, con requerimientos y mandamientos, y apercibiéndolos que si no venían, los haría esclavos; y con todo esto no quisieron venir ni los mensajeros ni ellos. Y al cabo de ocho días que había que estaba en este pueblo de Nacendelán, vino un pueblo que se dice Pazaco, de paz, que estaba en el camino por donde habíamos de ir, y yo lo recibí y le dí de lo que tenía, y les rogué que fuesen buenos. Y otro día de mañana me partí para este pueblo, y hallé a la entrada de él los caminos cerrados y muchas flechas incadas; y ya que entraba por el pueblo, vi que ciertos indios estaban haciendo cuartos un perro, a ma-

nera de sacrificio; y dentro en el dicho pueblo dieron una grita, y vimos mucha multitud de gente de guerra, y entramos por ellos, rompiendo en ellos, hasta que los echamos del pueblo, y seguimos el alcance de todo lo que se pudo seguir; y de allí me partí a otro pueblo que se dice Mopicalco, y fui recibido ni más ni menos que de los otros; y cuando llegué al pueblo no hallé a persona viva, y de aquí me partí para otro pueblo llamado Acatepeque, adonde no hallé a nadie, antes estaba todo despojado. Y siguiendo mi propósito, que era de calar las dichas cien leguas, me partí a otro pueblo que se dice Acaxual, donde bate la mar del sur en él, y ya que llegaba a media legua del dicho pueblo, vi los campos llenos de gente de guerra de él, con sus plumajes y divisas, y con sus armas ofensivas y defensivas, en mitad de un llano, que me estaban esperando, y llegué de ellos hasta un tiro de ballesta, y allí me estuve quedo hasta que acabó de llegar mi gente; y desde que la tuve junta, me fui obra de medio tiro de ballesta hasta la gente de guerra, y en ellos no hubo ningún movimiento ni alteración, a lo que yo conocí; y parecióme que estaban algo cerca de un monte, donde se me podrían acoger; y mandé que se retrasesse toda mi gente, que éramos ciento de caballo, y ciento cincuenta peones, y obra de cinco o seis mil indios amigos nuestros; y así, nos íbamos retrayendo; y yo me quedé en la rezaga, haciendo retraer la gente; y fue tan grande el placer que hubieron, siguiendo hasta llegar a las colas de los caballos, las flechas que echaban pasaban en los delanteros; y todo aquesto era un llano que para ellos ni para nosotros no había donde estropezar. Y cuando me ví retraído un cuarto de legua, adonde cada uno le habían de valer las manos y no el huír, dí vuelta sobre ellos con toda la

gente, y rompimos por ellos; y fué tan grande el destrozo, que en ellos hicimos, que en poco tiempo no había ninguno de todos los que salieron vivos; porque venían tan armados, que el que caía en el suelo no se podía levantar; y con sus armas coseletes de tres dedos de algodón, y hasta en los pies, y flechas, y lanzas largas; y en cayendo, la gente de pie los mataba todos. Aquí en este reencuentro me hirieron muchos españoles, y a mí con ellos, que me dieron un flechazo que me pasaron la pierna, y entró la flecha por la silla, de la cual herida quedé lisiado, que me quedó la una pierna más corta que la otra bien cuatro dedos; y en este pueblo me fué forzado de estar cinco días por curarnos, y al cabo de ellos me partí para otro pueblo llamado Tacuxcalco, a donde envié por corredores de campo a don Pedro y a otros compañeros, los cuales prendieron dos espías, que dijeron cómo adelante estaba mucha gente de guerra del dicho pueblo y de otros sus comarcanos, esperándonos; y para más certificar llegaron hasta ver la dicha gente, y vieron mucha multitud de ella. A la sazón llegó Gonzalo de Alvarado con cuarenta de caballo, que lleva la delantera, porque yo venía, como he dicho, malo de la herida, e hizo cuerpo hasta tanto que llegamos todos; y llegados, y recogida toda la gente cabalgué en un caballo como pude, por mejor poder dar orden cómo se acometiesen; y ví que había un cuerpo de gente de guerra, toda hecha un batalla de enemigos, y envié a Gómez de Alvarado que acometiese por la mano izquierda con veinte de caballo, y Gonzalo de Alvarado por la mano derecha con treinta de caballo, y Jorge de Alvarado rompiese con todos los demás por la gente, que verla de lejos era para espantar, porque tenían todos los más lanzas de treinta palmos, todas en enarboladas; y yo me puse

en un cerro por ver bien cómo se hacía, y vi que llegaron todos los españoles hasta un juego de herrón de los indios, y que ni los indios huían ni los españoles acometían; que yo estuve espantado de los indios que así osaron esperar. Los españoles no los habían acometido porque pensaban que un prado que se hacía en medio de los unos y de los otros era ciénaga; y después que vieron que estaba teso y bueno, rompieron por los indios, y desbaratáronlos, y fueron siguiendo el alcance por el pueblo más de una legua, y aquí se hizo muy gran matanza y castigo; y como los pueblos de adelante vieron que en campo los desbaratábamos, determinaron de alzarse y dejaron los pueblos, y en este pueblo holgué dos días, y al cabo de ellos me partí para un pueblo que se dice Miaguaclán, y también se fueron al monte como los otros. Y de aquí me partí para otro pueblo que se dice Atehuán, y de allí me enviaron los señores de Cuxacaclán sus mensajeros, para que diesen la obediencia a sus majestades, y a decir que ellos querían ser sus vasallos y ser buenos; y así, la dieron a mí en su nombre; y yo los recibí, pensando que no mentirían como los otros; y llegando que llegué a esta ciudad de Cuxacaclán, hallé muchos indios de ella, que me recibieron, y todo el pueblo alzado: y mientras nos aposentamos, no quedó hombre de ellos en el pueblo, que todos se fueron a las sierras. Y como ví esto, yo envié mis mensajeros a los señores de allí a decirles que no fuesen malos, y que mirasen que habían dado la obediencia a su majestad, y a mí en su nombre, asegurándoles que viniesen que yo no les iba a hacer guerra ni a tomarles lo suyo, sino a traerlos al servicio de Dios nuestro Señor y de su majestad. Enviáronme a decir que no conocían a nadie, que no querían venir, que si algo les quería, que allí estaban esperando con sus armas. Y

desde que vi su mal propósito, les envié un mandamiento y requerimiento de parte del Emperador nuestro señor, en que les requería y mandaba que no quebrantasen las paces ni se rebelasen, pues ya se habían dado por sus vasallos; donde no, que procedería contra ellos, como contra traidores alzados y rebelados, contra el servicio de su majestad, y que les haría la guerra, y todos los que en ella fuesen tomados a vida serían esclavos y los herrarían; y que si fuesen leales, de mí serían favorecidos y amparados, como vasallos de su majestad. Y a esto, ni volvieron los mensajeros ni respuesta de ellos; y como vi su dañada intención, y porque aquella tierra no quedase sin castigo, envié gente a buscarlos a los montes y sierras; los cuales hallaron de guerra, y pelearon con ellos, e hirieron españoles e indios mis amigos; y después de todo esto fué preso un principal de esta ciudad; y para más justificación se le torné enviar con otro mi mandamiento, y respondieron lo mismo que antes, y luego como vi esto, yo hice proceso contra ellos y contra los otros que me habían dado la guerra, y los llamé por pregones, y tampoco quisieron venir; y como vi su rebeldía y el proceso cerrado, lo sentencié y dí por traidores y a pena de muerte a los señores de estas provincias, y a todos los demás que se hubiesen tomado durante la guerra y se tomasen después, hasta en tanto que diesen la obediencia a su majestad, fuesen esclavos, se herrasen, y de ellos o de su valor se pagasen once caballos que en la conquista de ellos fuesen muertos, y los que de aquí adelante matasen, y más las otras cosas de armas y otras cosas necesarias a la dicha conquista. Sobre estos indios de esta dicha ciudad de Cuxaclán, que estuve diez y siete días, que nunca por entradas que mandé hacer, ni por mensajeros que les hice, como he dicho, les pu-

de atraer, por la mucha espesura de los montes y grandes sierras y quebradas, y otras muchas fuerzas que tenían.

Aquí supe de muy grandes tierras, la tierra adentro, ciudades de cal y canto, y supe de los naturales cómo esta tierra no tiene cabo, y para conquistarse según es grande y de muy grandísimas poblaciones, es menester mucho espacio de tiempo, y por el recio invierno que entra no paso más adelante a conquistar; antes acordé me volver a esta ciudad de Guatemala, y de pacificar de vuelta la tierra que atrás dejaba, y por cuanto hice y en ello trabajé, nunca los pude atraer al servicio de su majestad; porque toda esta costa del sur, por donde fui, es muy montosa, las sierras cerca, donde tienen acogida; así que yo soy venido a esta ciudad por las muchas aguas, adonde, para mejor conquistar y pacificar esta tierra tan grande y tan recia de gente, hice y edificué en nombre de su majestad una ciudad de españoles, que se dice la ciudad del Señor Santiago, porque desde aquí está en señoría de toda la tierra, y hay más y mejor aparejo para la dicha conquista y pacificación, y para poblarlo de adelante; y elegí dos alcaldes ordinarios y cuatro regidores, según vuestra merced allá verá por la elección.

Pasados estos dos meses de invierno que quedan, que son los más recios de todo, saldré de esta ciudad en demanda de la provincia de Tapalán, que está a quince jornadas de aquí, la tierra adentro, que, según soy informado, es la ciudad tan grande como esa de Méjico, y de grandes edificios, y de cal y canto y azoteas; y sin esta, hay otras muchas, y cuatro o cinco de ellas han venido aquí a mí a dar la obediencia a su majestad, y dicen que la una de ellas tiene treinta mil vecinos; no me maravillo, porque, según son grandes los pueblos de esta costa,

que la tierra adentro haya lo que dicen; este verano que viene, placiendo a nuestro Señor, pienso pasar doscientas leguas adelante, donde pienso su majestad será muy servido y su estado aumentado, y vuestra merced tendrá noticia de otras cosas nuevas.

Desde esa ciudad de Méjico hasta lo que yo he andado y conquistado hay cuatrocientas leguas; y crea vuestra merced que es más poblada esta tierra y de más gente que toda la que vuestra merced hasta agora ha gobernado.

En esta tierra habemos hallado una sierra do está un volcán, que es la más espantable cosa que se ha visto, que echa por la boca piedras tan grandes como una casa, ardiendo en vivas llamas, y cuando caen se hacen pedazos y cubren toda la sierra de fuego.¹

Adelante de ésta, sesenta leguas, vimos otro volcán que echa humo muy espantable, que sube al cielo, y de anchor de compás de media legua el bulto del humo.² Todos los ríos que de allí descienden, no hay quien boba el agua, porque sabe a azufre, y especialmente viene de allí un río caudal muy hermoso, tan ardiendo, que no le podía pasar cierta gente de mi compañía que iba a hacer una entrada; y andando a buscar vado, hallaron otro río frío que entraba en éste, y allí donde se juntaban hallaron vado templado que lo pudieron pasar. De las cosas de estas partes no hay más que hacer saber a vuestra merced sino que me dicen los indios que de esta mar del Sur a la del Norte hay un invierno y un verano de andadura.

Vuestra merced me hizo merced de la tenencia de esa ciudad, y yo la ayudé a ganar y la defendí

¹ Volcán de fuego.

² Volcán de agua.

cuando estaba dentro con el peligro y trabajo que vuestra merced sabe; y si hubiera ido en España, por lo que yo a su majestad he servido, me la confirmara y me hiciera más mercedes; hanme dicho que su majestad ha proveído; no me maravillo, pues que de mí no tiene noticia, y de esto nadie tiene la culpa sino vuestra merced, por no haber hecho relación a su majestad de lo que yo le he servido, pues me envió acá; suplico a vuestra merced le haga relación de quién yo soy, y lo que a su majestad he servido en estas partes, y donde ando, y lo que nuevamente le he conquistado, y la voluntad que tengo de le servir en lo que adelante, y cómo en su servicio me han lisiado de un pierna, y cuán poco sueldo hasta ahora he ganado yo y estos hidalgos que en mi compañía andan, y el poco provecho que hasta ahora se nos ha seguido.—Nuestro Señor prósperamente crezca la vida y muy magnífico estado de vuestra merced por largos tiempos.—De esta ciudad de Santiago, a 27 de julio de 1524 años.—*Pedro de Alvarado.*

**CARTAS ANTIGUAS ESCRITAS A ESTA
CIUDAD DE GOATHEMALA***

* Se refiere a la ciudad de Antigua Guatemala:
Conservamos la ortografía antigua en estas cartas. (N. de
la E).

CARTA DEL ADELANTADO D. PEDRO DE ALVARADO AL AYUN-
TAMIENTO DE GUATEMALA NOTIFICÁNDOLE QUE PARTE
HACIA LOS MARES DEL SUR CON SU FLOTA¹

¹ *Cartas Antiguas escritas a la Ciudad de Guatemala,*
Archivo Municipal, fol. 1.

Muy nobles señores.—Es tanto el amor y naturaleza que con esa provincia he tomado, y especial con esa Cibdad cuyo hijo me estimo, que aunque he procurado simular el dolor de su ausencia no he podido. Y puesto que tengo pena y cuidado, hállome por dichoso en ello, porque he conocido que en cuanto viviere terné respecto al noblecimiento é utilidad desa governacion; y asy llévo esto tan á cargo, como lo principal desta armada y conquista, que en servicio de S. M. prosigo. Porque, á la verdad, general y particularmente, desde el mayor al menor, tengo por deudos y amigos, y los amo y deseo su bien como el propio. Así pueden ser ciertos que para su bien público más naos tratarán en sus puertos, y que do yo me hallaré y cualquier de vosotros, Señores, y dellos me requirieren, conocerán de mis obras que es no fingido, este proferimiento. Y pues yo forzoso y voluntario quedo obligado, una cosa solamente os suplico, que en esa provincia aya toda concordia y amor y buen zelo al servicio de S. M. y bien público, como hasta aqui vuestras mercedes lo han hecho; y que á Jorge de Alvarado, mi hermano y lugar teniente se le tenga el respecto y voluntad que es razon, y se conformen con él, por manera que la tierra se conserve, y la justicia sea fa-

vorecilla, y S. M. servido y todos honrados y aprovechados, quel terná cuidado de hacer lo mismo con todos. Y yo así se lo encomiendo y escribo, y lo confío dél y de vosotros, Sres.; y que así mismo, si algun enojo ó agravio general ó especialmente de mí se ha recibido, me perdonen V. mercedes, certificándoles siempre fué mi deseo de servirlos. Yo me hago á la vela mañana, placiendo á Nro. Sr.: con él Señores, quedeis, y su divina M. me guie; para que acierte en ensalzamientos de su fé cristiana, y servicio real de Castilla, y bien de sus naturales. Muy grande merced me harán las vuestras, Señores, se lo supliqueis por vuestra parte, que mi buen suceso será para vuestro servicio. De la tierra do Dios me encaminare escribiré a V. mercedes larga relacion de todo, con muestras y fructo della; la misma quiero me deis del estado en que siempre os halláredes, y de la salud de vuestras muy nobles personas; las cuales con mayor estado acreciente Ntro. Sr., como V. mercedes desean. Deste puerto de la posesión xx de Enero de 1534.

A lo que V. mercedes mandaren.

El Adelantado.

CARTA DE ALVARADO AL AYUNTAMIENTO DE GUATEMALA
NOTIFICÁNDOLE DE SU SALIDA HACIA ESPAÑA, PARA ENTRE-
VISTARSE CON EL EMPERADOR CARLOS V²

² *Cartas de personas ilustres*, Archivo Municipal de Guatemala.



Magníficos Sres.—Justo es que, pues que se me ofrece esta jornada, os dé cuenta de mi partida, la cual es á los reinos despaña, á besar las manos á S. M., y á darle cuenta desa tierra y desta, y de otras cosas que al servicio de S. M. convienen. Quisiera mucho poderos, Sres., ver y hablar, y despedirme de todos por vista y no por carta; pero pues mas no ha podido ser, que recebir Señores mi voluntad, que es desearos todo acrescentamiento. Plega Ntro. Sr. que me traiga á estas partes, y os halle Señores tan prósperos como desais. — porque no se diga que yo voy a licencia, os envio esta, por la que Señores vereis que el Sr. Visorrey, sabiendo las cosas sucedidas, me envió, porque así convenía al servicio de S. M.—Pensé que para V. mercedes no habia necesidad desta satisfaccion; pero hágolo por el comun y otras personas, que desto no estarán informados. Yo residiré en la corte todo lo que mis negocios duraren: si á vuestras mercedes ó á esa Cibdad tocare algo, os pido por merced me lo escribais; porque yo lo haré como por patria y personas á quien yo tanto debo. No voy muy rico de dineros, porque donde los gané, que es en servicio de S. M., los he gastado, y no pienso ante S. M. negociar sino con mis servicios. Si en algo, Señores,

me pudierdes favorecer para con S. M., yo recibiré merced, cuyas magníficas personas Ntro. Sr. guarde como vuestras mercedes desais.—Desta Villa S. Pedro del Puerto de Caballos á 27 de julio de 1536. años.—A servicio de Vuestas mercedes.—El Adelantado.

CARTA DE ALVARADO AL AYUNTAMIENTO DE GUATEMALA
NOTIFICÁNDOLE DE SU LLEGADA DE REGRESO DE ESPAÑA Y
DE QUE VIENE CASADO



Magníficos Señores: —Ya creo que por cartas mías, que yo escribí á esta Ciudad de Valladolid, sabreis mi venida, y el suceso de mi bien despacho. Agora no habrá de nuevo que decir, sino que, gracias á Ntro. Sr., yo soy llegado á salvamento á este Puerto de Caballos, con tres naos gruesas y trescientos arcabuceros y otra mucha gente, donde pienso detenerme algunos días, hasta que desa Ciudad me venga despacho y ayuda para mi pasage. Pidoos, Señores, por merced, que ~~en~~ todo se favorezca á esos españoles que envío, para que mas cumplidamente yo sea proveido de lo necesario para mi partida. Porque yo envío á mandar á paz³ que luego se junten todos los mas indios que fuere posible de los míos; y así recibiré merced con los demás, que fuera destos se me enviaren; porque de mas de recibir yo merced en ello, S. M. lo manda. Y porque mas particularmente vuestras mercedes sabreis del portador desta todo lo de mi jornada, por no ser largo lo dejo de decir, y porque placiendo á Ntro. Sr. nos verémos presto. Solamente me queda de decir que vengo casado, y Doña Beatriz está muy buena: trae veinte doncellas muy gentiles mugeres, hijas de Ca-

³ Alvaro de Paz, su mayordomo.

balleros, y de muy buenos linages; bien creo que es mercadería, que no me quedará en la tienda nada, pagándomela bien, que de otra manera excusado es hablar en ello. Ntro. Sr. guarde sus magníficas personas como V. mercedes deseais. De Puerto Caballos á 4 de Abril de 1539.—A servicio de Vuestas mercedes.—El Adelantado Alvarado.

CARTA DEL VIRREY DE MÉXICO DON ANTONIO, DE MENDO-
ZA AL AYUNTAMIENTO DE GUATEMALA NOTIFICÁNDOLE LA
MUERTE DE ALVARADO OCURRIDA EL DÍA 24 DE JUNIO DE
1541⁴

⁴ *Cartas de personas ilustres*, Legajo manuscrito del
Archivo Municipal, Guatemala.

Magníficas y nobles Sres.—Por cartas que escribo, así al Sr. Obispo desá provincia como á D. Francisco de la Cueva, teniente de Gobernador della, sabreis como Dios nuestro Sr. fué servido de llevar á su gloria al Sr. Adelantado Alvarado, y el suceso della de que no poca pena he sentido, como era razon, y tanto como si fuera propio hermano. Y pues él le dejó por su teniente de Gobernador, por la confianza que dél tenia y no menos tengo yo de su persona, hasta que S. M. otra cosa sea servido de provéer, le terneis y obedecereis Señores por tal Gobernador, y así os lo encargo y mando de parte de S. M., é que os conformeis con él, para que esa provincia esté bien gobernada y en toda paz é sosiego, sin haber novedad alguna, é mostreis en esto el deseo que teneis de servir á S. M. como sus leales vasallos, y de mirar el bien y perpetuación desá gobernacion, como tengo por cierto que lo hareis. Y de lo que viéredes que conviene proveerse y escribirse á S. M. me hareis relacion, porque así se hará; y á la Sra. Doña Beatriz la tened y acatad como es justo, porque en estos servireis á S. M., y á mi me echareis cargo para favorecer á esa Ciudad en lo que pudie-

re.—Ntro. Sr. Vuestras Magníficas personas guar-
de.—De México 15 de Julio de 1541.—A lo que
señores mandáredes.—Don Antonio de Mendoza.

ÍNDICE



INDICE

	Págs.
Noticia sobre Alvarado	5
Muerte de Alvarado, según la <i>Crónica de Michoacán</i>	17
Muerte de Alvarado según el cronista Mota Padilla	43
Noticia de la muerte de Alvarado en Guatemala, según el cronista Antonio de Fuentes y Guzmán	73
Cartas de relación de Alvarado a Cortés ...	81
Cartas antiguas escritas a esta ciudad de Goathemala	107





Esta edición se llevó a cabo con
la colaboración económica del
BANCO DE GUATEMALA

Precio Q0.15